

1
AR 392/3

FRANCISCO VILLASECA

IM MEMORIAM

(ELEGÍAS)



MADRID, 1910
IMP. DE „GACETA ADMINISTRATIVA”
CALLE DE LEGANITOS NÚMERO 54

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS, 10
ZARAGOZA

1
AR
392/3

IM MEMORIAM

OBRAS DE F. VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades (tercera edición).....	3	pesetas.
Luchas (ídem íd.).....	3	»
Flores de almendro (ídem íd.).....	2	»
Confidencias (segunda edición).....	3	»
La copa del Rey de Thule (tercera edición)....	3	»
El alto de los bohemios.....	2	»
Rapsodias.....	2	»
Las Canciones del camino.....	2	»
Tristitiaë Rerum.....	3	»
Carmen.....	2	»
El patio de los Arrayanes.....	3	»
Viaje sentimental (segunda edición).....	3	»
El Mirador de Lindaraxa.....	3	»
El libro de Job.....	3	»
Las horas que pasan.....	3	»
El Jardín de las Quimeras.....	3	»
La torre de marfil.....	3	»
Bajo la lluvia.....	3	»
El Balcón de Verona.....	3	»
Saudades.....	3	»
Rapsodias andaluzas.....	3	»
Im Memoriam.....	3	»

PROSA

Zarza florida (novela griega).....	2,50	»
La torre de la Cautiva (novela árabe).....	4	»
El libro de los Elogios.....	3	»

En preparación.

- Visiones trágicas (poesías).
- El Alcázar de las perlas (tragedia árabe).
- Nocturnos (poesías).
- El libro de los Milagros (prosas).
- El Suspiro del moro (tragedia árabe).

R-99389

19 cmj



FRANCISCO VILLAESPEA

IM MEMORIAM

(ELEGÍAS)

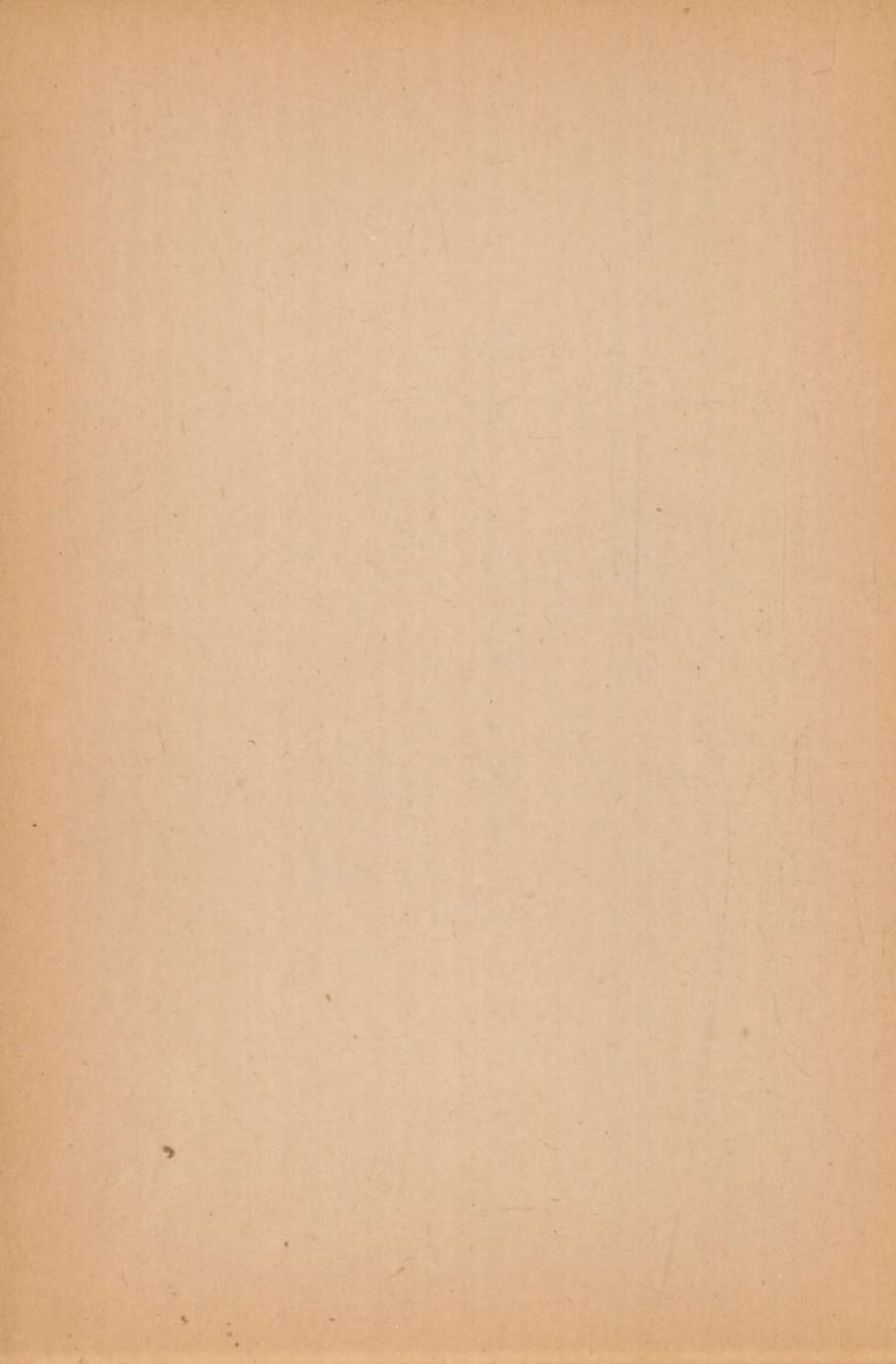
MADRID, 1910
IMP. DE „GACETA ADMINISTRATIVA”
CALLE DE LEGANITOS, NÚMERO 54

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

Á los ilustres escritores José Francos Rodríguez, Manuel Bueno, Carlos Arturo Torres, á todos los que sintieron el dolor de las supremas separaciones, dedico fraternalmente estos versos ingenuos á fuerza de ser sinceros.

Villaespesa.



A MI HIJA ELISA

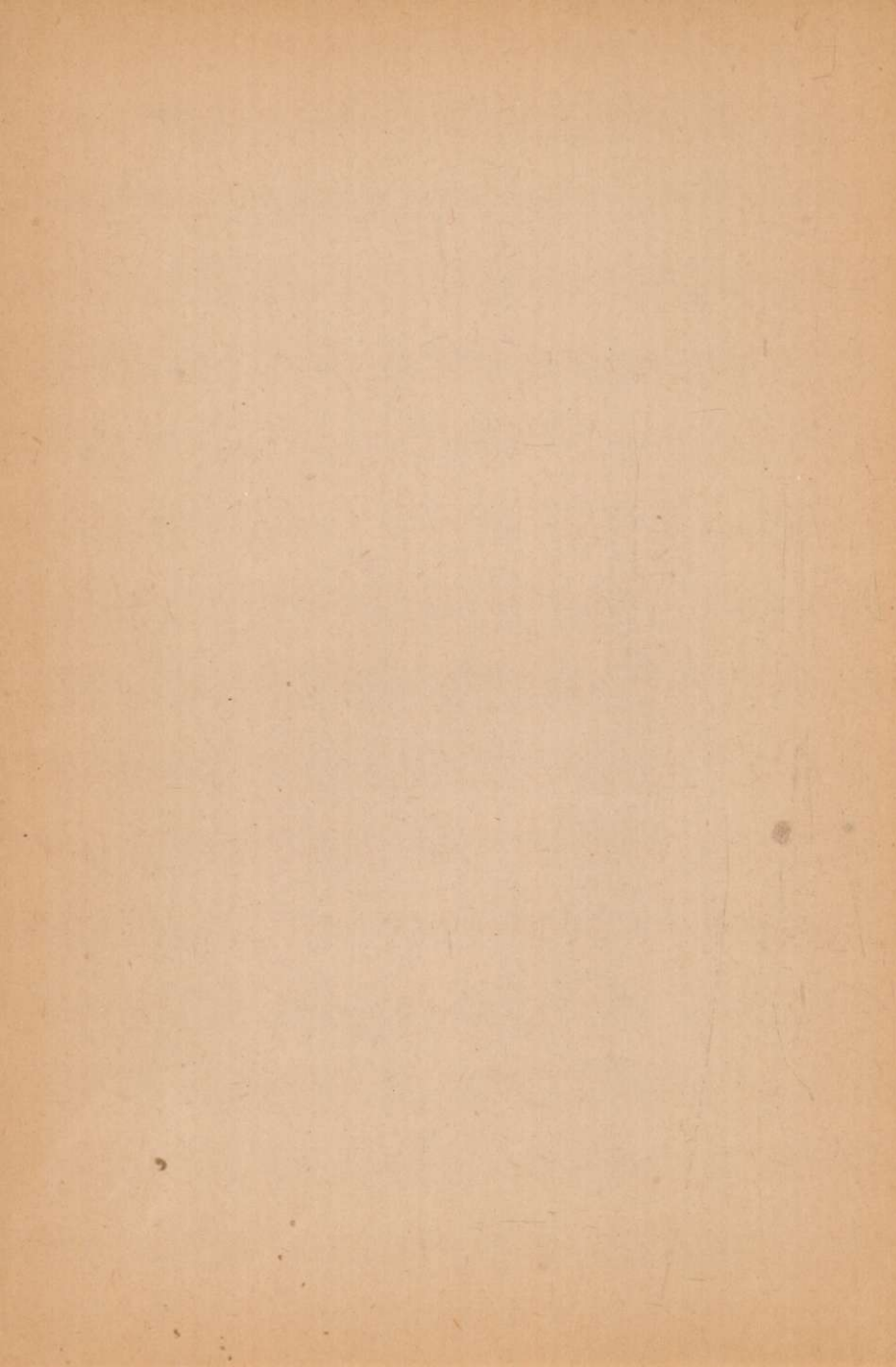


En el nombre de aquella que apenas conociste
y desde cuya muerte desesperado vivo
eternamente solo y eternamente triste,
para tus ojos estos versos, llorando, escribo...

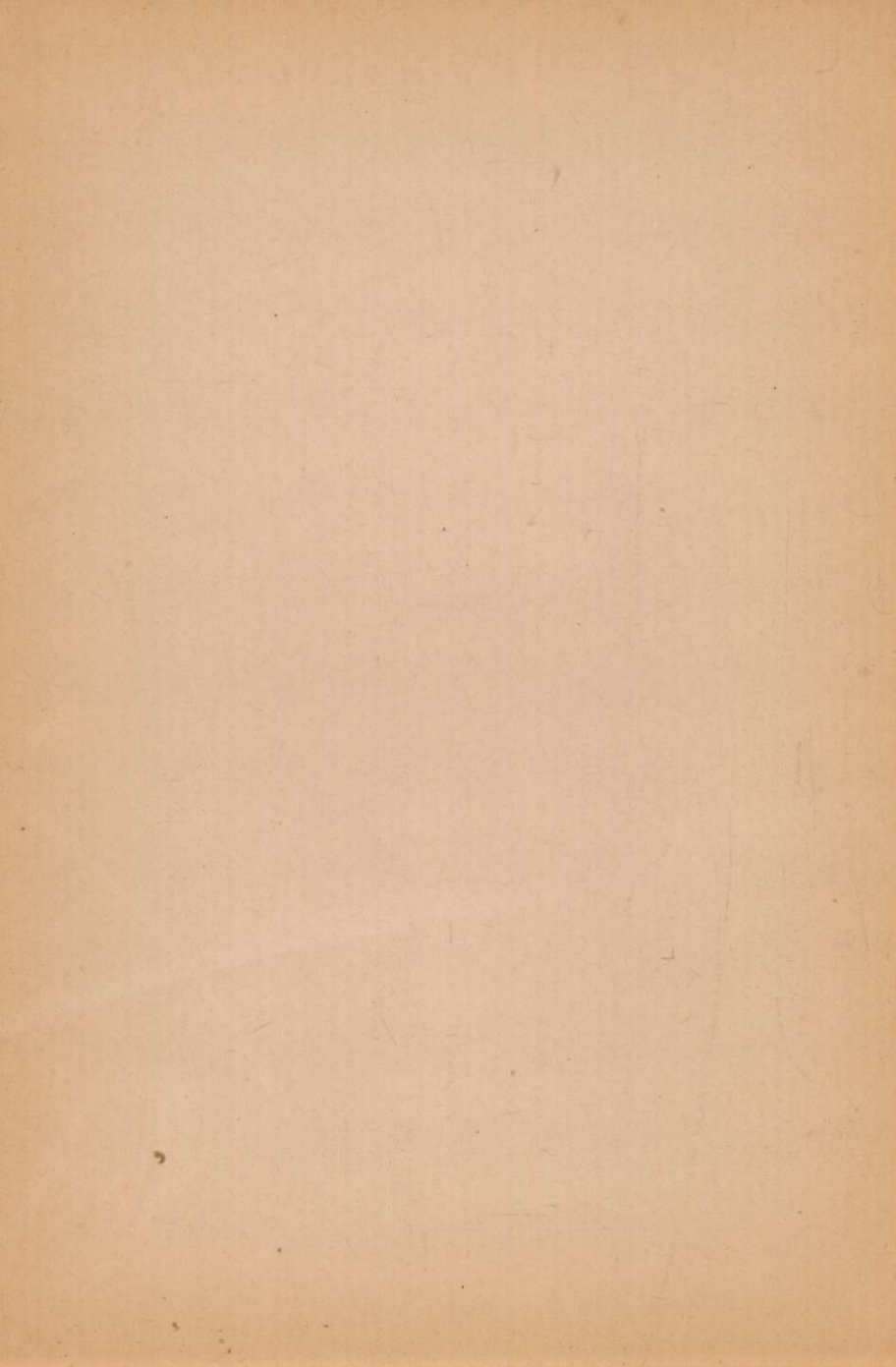
¿En qué brazos amantes, en qué afecto sincero
podrás hallar refugio cuando el dolor te hiera?
Alegra nuestras horas un amor verdadero,
y ese, con Ella, bajo la tierra gris te espera...

Huérfana!... Esa palabra dolorosa que encierra
todas las infinitas tristezas de la Tierra,
frase que no se puede decir sí no llorando,

entristece tu infancia con su crespón obscuro...
Para ti es este libro que improvisé pensando
en mi dolor presente y en tu dolor futuro!



ANIVERSARIO



I

—Aún no hace un año que cayó la tierra,
la tierra del olvido, grís y fría,
sobre el negro sepulcro que me encierra;

aún no hace un año del eterno día
en que á mi cuerpo rígido, abrazado,
enjugaste el sudor de mi agonía,

y en tu pecho mi imagen se ha borrado...
¡Aún no brotó una flor sobre mi fosa,
y ya á tu pobre Elisa has olvidado!

¿No recuerdas el pálido semblante
que levantó tu mano temblorosa
para besarme en el postrer instante?

¿Ni los labios que tanto te besaron
y que al plegarse para siempre, ansiosos,
en un débil suspiro te llamaron?

¿Ni aquellos ojos de mirar doliente
que á tus besos cerráronse, vidriosos,
para soñar contigo eternamente?

¡Ya no te acuerdas de tu pobre muerta,
la que bajo la negra sepultura
sólo al recuerdo de tu amor despierta,

y elevando al azul su pensamiento,
desde su eterna obscuridad murmura
con un hilo de voz, que apaga el viento:

—Señor, haced de mí lo que queráis,
mas tened compasión de esta criatura
que sola á su destino abandonáis!

II

Ya perdí la esperanza, y aún te espero!
Cuando mi cuerpo de terror se helaba,
la inmensa pena del adiós postrero,

más que por mí, por tu orfandad sentía,
que si mi corazón agonizaba
era tu corazón el que moría!

Y más que el abandono de la fosa,
más que este pertinaz misterio helado
que me amortaja en noche tenebrosa,

siento tu soledad entristecida...
Verte andar, como un niño, extraviado
por el gran laberinto de la Vida!

¡Ya no habrá quien mitigue tus dolores,
ni pupilas que velen tu destino
y que lloren al par cuando tú llores!

Ya no habrá nadie que por ti sucumba...
¡Será la soledad de tu camino
más triste que el silencio de mi tumba!

III

Una huérfana sólo en ti confía...
Vive por ella, como yo, en tu caso,
aun sin alma y sin vida viviría...

Aparta de su senda los abrojos,
disipa las tinieblas á su paso,
y haz que recuerde á Aquella que sus ojos

apenas reflejaron en la Vida,
á aquella pobre mártir infelice
qué ni en la tumba su recuerdo olvida,

y que alzando su mano descarnada
desde su lecho secular, bendice
su débil cabecita inmaculada...

¡Oh, Madre de Jesús, Virgen María,
oid de una madre muerta los clamores,
mudas plegarias que hasta el Cielo envía!...

Si un destino fatal á mi hija inmola,
sus llantos, su tristeza y sus dolores
los quiero para mí, para mí sola!

IV

No marchas solo. Sin cesar te sigo,
y á donde vayas, en tu ruta incierta
verás mi sombra caminar contigo.

Contigo sufriré la suerte esquiva,
y la que para todos está muerta
para ti eternamente estará viva.

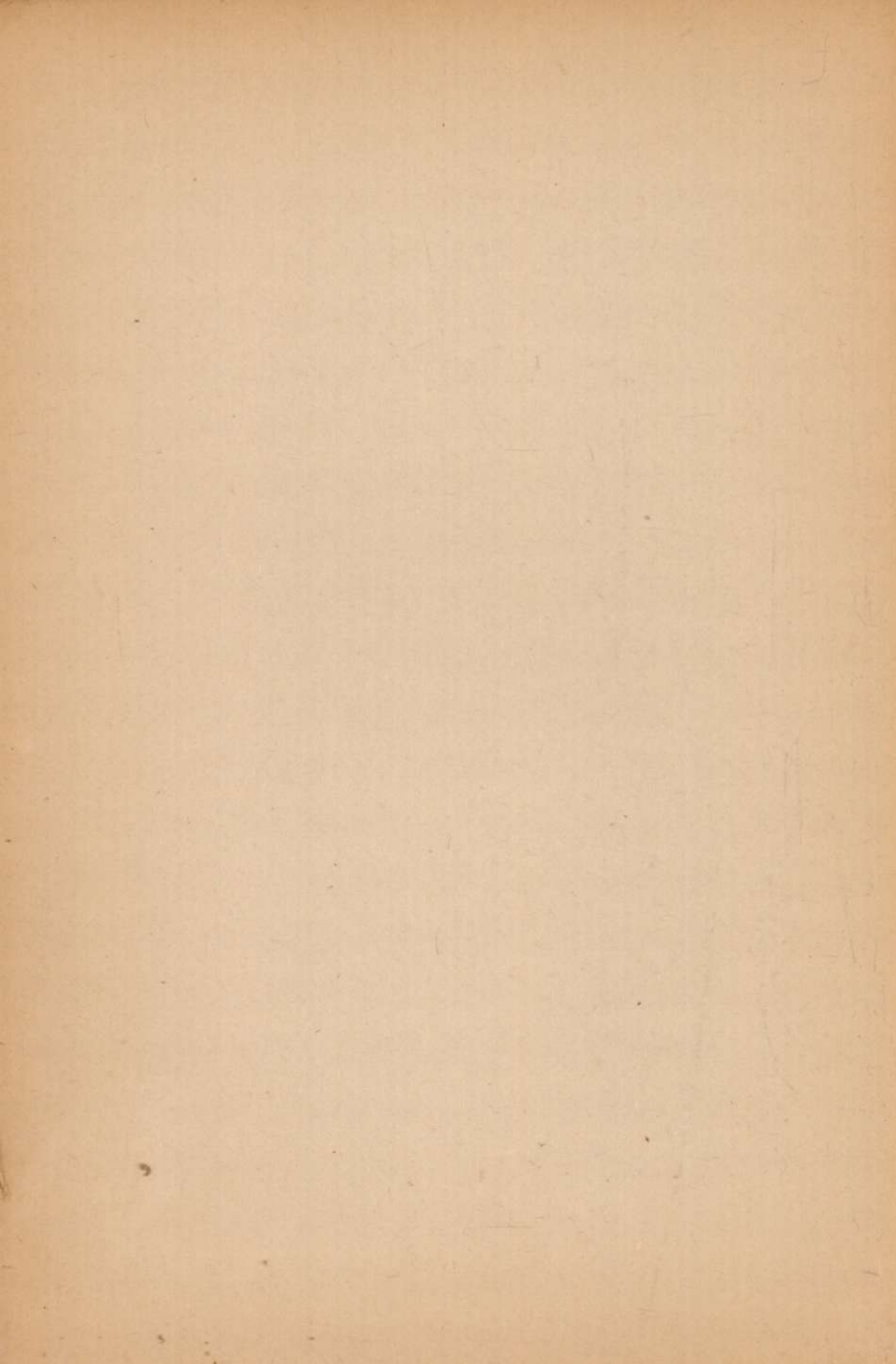
Y al verte vacilar triste y cansado,
murmuraré á tu oído: —Aguarda... Espera...
La hora de la partida no ha sonado!

Y por tus sueños pasaré ligera,
derramando en tu éspritu agostado
las flores de mi eterna Primavera.

Y en la hora final de la partida,
cuando descieras á la tumba á verme,
igual que en las tristezas de la vida,
besándote en los ojos, diré:—¡Duerme!

Y en la honda paz del ataúd estrecho,
al arrullo inmortal de mi cariño,
te dormiré, cantando, sobre el pecho,
como una madre que adormece á un niño.—

EL POETA RECUERDA





1

Bajo la tarde lluviosa,
tras el húmedo cristal,
miré tu silueta rosa
curvada sobre un rosal.

Entre el arco de una rama
me miraste y te miré,
y cual siempre que se ama,
te amé, sin saber por qué.

La lluvia lenta caía...
Te oí toser, y sentía
tu tos en mi corazón,

como el golpe de una azada
sobre la tierra mojada
de algún viejo panteón.

II

Bajo el cabello castaño
la palidez del semblante
te daba un encanto extraño,
muy dulce y muy lacinante.

En tu silueta ligera
temblaban ansias aladas,
como una ave que tuviera
las alas recién cortadas...

Belleza de golondrina,
de flor que su tallo inclina
para dejar de existir...

Belleza que más queremos
á medida que sabemos
que está próxima á morir!

III

¡Oh, tu mirada, que era
acariciante y sumisa,
frágil cual tu cabellera
y astral como tu sonrisa!

¡Oh, tu tímida mirada,
que parecía con pena
suplicar:—No me hagais nada...
¡Ved que soy débil y buena!—

Tu mirada que tenía
la inmensa melancolía
de una estrella de diamante

en algún pozo encantada...
¡Oh, tu mirada!... Mirada
sumisa y acariciante...

IV

Tu mano frágil y leve
era tan blanca que apenas
bajo la piel—seda y nieve—
azuleaban las venas.

Un ruiseñor, la Poesía,
que es mi único tesoro,
hasta tu mano venía
á picar granos de oro.

Manos, en vuestra blancura,
quién se durmiera soñando!...
Dedos, dedos de azucenas...

¡cómo temblé de ternura
al sentirlos alisando
mis románticas melenas!

V

Te recuerda mi mirada,
con tus ramos de azahar,
de mi mano arrodillada
al pie del florido altar.

Surcaba la nave un vuelo
de incensarios... De alegría
tu rostro palidecía
bajo la albura del velo.

Ya de ti no resta nada...
Bajo la tierra mojada
todo se fué á sepultar.

Sólo conservo devoto
tu blanco velo, ya roto,
y tu ramo de azahar.

VI

Entre el sopor de beleño
mis penas vienes á ver,
tan frágil como un ensueño
hecho carne de mujer.

En mis éxtasis lejanos
me daba miedo tocarte,
porque al roce de mis manos
no fueras á disiparte.

Contigo viví soñando,
y al despertar, sollozando,
me hallé solo con mi empeño,

y á ti no te he vuelto á ver...
¿Por qué la ilusión de un sueño
se hizo carne de mujer?

VII

Sus frases nunca me hirieron
y siempre me consolaron...
¡Heridas que otras me abrieron
sus propias manos cerraron!

Aun cuando penaba tanto
tan buena conmigo era
que hasta me ocultaba el llanto
para que yo no sufriera.

Con su infinita ternura
mi más intensa amargura
supo siempre consolar...

¡Y qué buena no sería
que al morirse sonreía
para no verme llorar!

VIII

—Qué solo, si yo me muero,
te vas, mi Vida, á quedar!... —
Y aunque olvidar tu voz quiera
nunca la podré olvidar!

Seguir viviendo me aterra...
Es vejez mi juventud...
Más solo estoy en la tierra
que tú en el negro ataúd!

Nadie calma mi agonía
ni nada en la vida espero...
¡Bien tu voz lo presenta

al decirme, al expirar:
—¡Qué solo, si yo me muero,
te vas, mi Vida, á quedar!

IX

Colocaron la mortaja
sobre los viejos sillones,
y alguien entró con la caja
los paños y los blandones.

Al cadáver abrazado
me encontró la luz del día
sobre el tálamo aún mojado
del sudor de su agonía.

Fuí vistiendo, enloquecido
de dolor, su cuerpo yerto...
Todo de espanto callaba...

Y al ponerle aquel vestido
mi cuerpo estaba más muerto
que el cuerpo que amortajaba!

X

Llorando en su alcoba entro,
mas no sé dónde se esconde
que la busco y no la encuentro,
la llamo y no me responde!

¡Escucha, Señor, mis ruegos!
Devuélvele la existencia,
que están ya mis ojos ciegos
de tanto llorar su ausencia!

La llave al féretro echaron,
y en hombros se la llevaron
por esa puerta, á enterrar...

Las gentes se arrodillaban,
y hasta las piedras lloraban
al ver su entierro pasar!

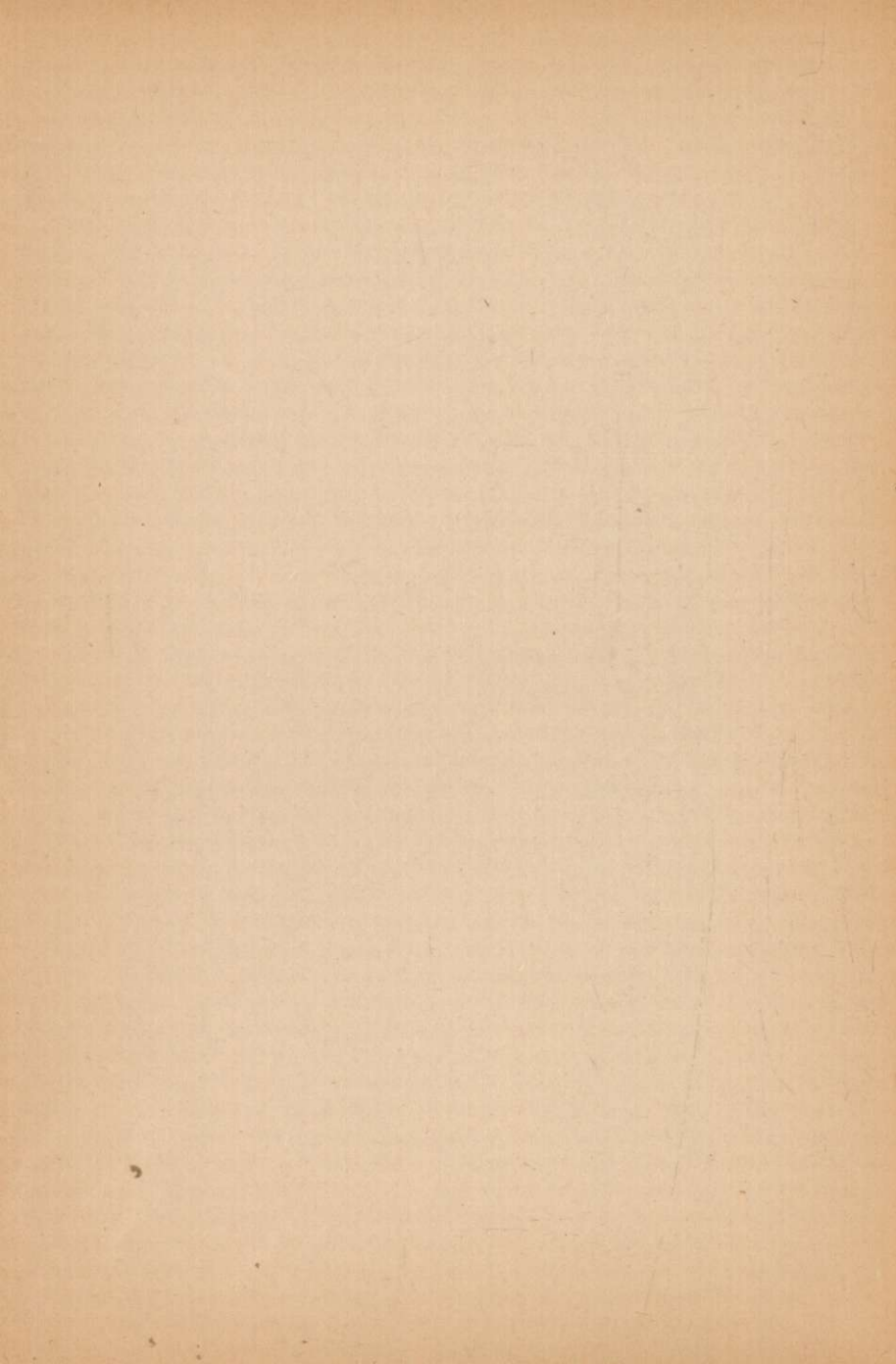
XI

Tus pisadas eran quedas
cual las de una aparición...
Sólo un resbalar de sedas
te anunciaba al corazón.

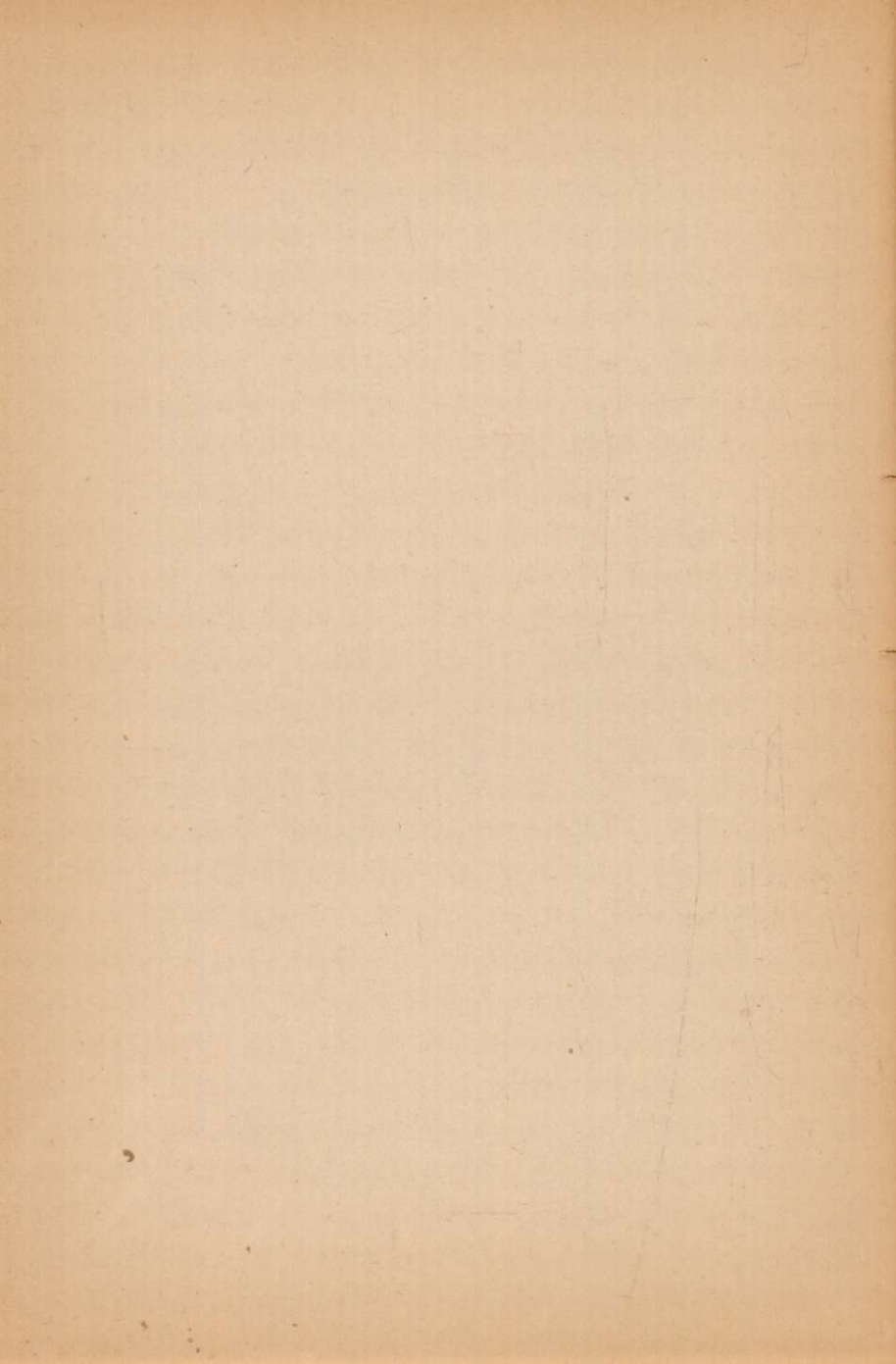
Yo levantaba los ojos
del libro, para mirar
sonreír tus labios rojos
á mi eterno laborar.

Hoy también, al menor ruido,
creyendo que es tu vestido,
la faz pálida levanto...

Y sólo miro, al reflejo
del quinqué, bañada en llanto
mi imagen en el espejo!



ELEGIAS



I

«Lasciateme morire!...» Lentamente,
con un temblor de silenciosas lágrimas,
el alma de Claudino Monteverde
en el teclado sin cesar lloraba.

Era un plañir ahogado entre las sombras.
Su corazón al corazón, cantaba
la desesperación de lo imposible...
—«¡Su vida se apagó»... No hay esperanza!—

La sonrisa jamás tornará al labio...
¿Para qué sonreir, si ella no baja
para premiar nuestra sonrisa, el negro
terciopelo vivaz de sus pestañas?

Jamás deben abrirse nuestros ojos...
¿Para qué, si hallará nuestra mirada
sólo el perfil de su sillón vacío
en las tristes penumbras de la estancia?

¿Para qué, con un gesto suplicante
se tienden nuestras manos, si no hallan
la suavidad flotante de sus rizos
ni el calor de su piel, sedosa y blanca?

Nunca, nunca, su paso fugitivo
alegrará el silencio de la casa...

Nunca más... Nunca más... Cierra la puerta;
apaga el fuego del hogar, la lámpara;
deshace el blando tálamo que en vano
espera en la tristeza de la cámara
ver florecer los lirios de su cuerpo
en la nupcial blancura de las sábanas.

¿Qué te importa que fuera, en los jardines
se marchiten las rosas deshojadas,
si con ellas, sus manos irreales
no tejerán para tu amor guirnaldas?

Cierra los ojos que no pueden verla,
pliega la boca que no puede hablarla,
y enciérrate, cual ella en su sepulcro,
entre los cuatro muros de esta casa!

Hecha plomo en tu oído. ¿Por qué quieres
oir, si aunque escucharas
lo imperceptible del silencio, nunca
sentirás el rumor de sus palabras?
Muerde tus labios cuando hablar intenten...
Si Ella no te ha de oír ¿para quién hablas?

Tierra negra, maldita tierra hambrienta,
que en silencio devoras y profanas
tantas divinas cosas de su cuerpo
y tantas cosas puras de su alma...
¡Sé tan suave para ella como
fué para ti, lo alado de sus plantas!

«Lasciateme morire!»—Llora, Orfeo,
y en vano, en vano correrán tus lágrimas
hasta formar arroyos y henchir mares...
Podrán estremecerse las montañas,
y amansarse las fieras á tus gritos,
y las florestas desgajar sus ramas,
¡pero no esperes nunca que la tierra
te devuelva á quien duerme en sus entrañas!

Nunca más... nunca más!., Podrá tu llanto
oradar la dureza de la lápida;
podrán tus dientes y tus uñas frías
de su negro ataúd desenterrarla,
¡pero no esperes abrazar su cuerpo,
pero no sueñes con sentir su alma!

Un puñado de polvo solamente
hallarás en el fondo de su caja...
Polvo que pueden aventar tus manos,
y esparcir á los vientos tus sandalias!

—«¡Lasciateme morire!»—lentamente,
con un temblor de silenciosas lágrimas,
el alma de Claudino Monteverde
en el teclado sin cesar lloraba!

II

Yo la cuidaba como á una hija,
la respetaba como á una madre,
era en mis penas piadosa hermana
y en mis placeres dichosa amante.

Aquellos negros ojos de ensueño
que me prestaron sus claridades,
hoy son, cerrados bajo la tierra,
rotos espejos sin una imagen...

¡Oh, blancas manos, finas y pálidas,
que silenciosas me acariciábais...
¡Ya de vosotras nadie se acuerda!
¡Ya con vosotras no sueña nadie!

En cruz unidas sobre su pecho,
bajo la tierra, yertas y exangües,
sois azucenas que se deshojan,
flores de polvo que se deshacen...

Voz de nostalgias, risas y besos,
vuelo de músicas sobre mis cármenes,
¿en dónde rimas hoy la dulzura
de tus consuelos y tus piedades?

¡Oh, blanca sombra, plata de luna
que alumbra trémula mis soledades...
¿si era mi dicha tu único anhelo,
por qué tan pronto me abandonaste?..

¿Dónde un regazo para mi frente,
dónde un olvido para mis males?...

¿Quién oirá el grito de mis dolores
si mis dolores nadie comparte?

Sin tu cariño voy por la vida
como esos ciegos que por las calles
cantando pasan con sus guitarras
sin que sus coplas comprenda nadie!

III

Yo con mis propias manos temblorosas
de un humilde sayal de penitente,
vestí su cuerpo y la cubrí de rosas.

En la almohada recliné su frente,
crucé sus manos pálidas...

...Gemía
en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza mía:
—Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

Murió tu amor en plena primavera
entre luces y cánticos y flores;
y ha muerto cuando era
del rojo sol de Junio á los fulgores,
un ensueño de amor la tierra entera!

En la calle el confuso mar humano
cruzaba lento y sórdido.

Gemfa
de Schuber la inmortal melancolía
en las lejanas notas de un piano.

De los cirios las llamas temerosas
temblaban en el viento, y de la estancia
perfumaba el sopor una fragancia
de muertas carnes y de mustias rosas.

Y un niño, tras la clara vidriera
asomando la faz llena de espanto,
á otros le dijo, con la voz de llanto:
—Mirad la muerta... ¡Qué bonita era!

Todos se fueron.

Sin cesar gemfa
en el silencio del salón desierto
la ronca voz de la tristeza mía:
—¡Hoy en tus brazos el amor ha muerto!

IV

Bajo la tarde azul de Primavera,
entre revuelos de palomas blancas
que sobre el rosa vivo de tu traje
sus fugitivas sombras proyectaban,
por el verde sendero regresábamos
lentos de amar, á nuestra vieja casa.

Los labriegos curvados con sus haces
de hierbas olorosas á la espalda,
para vernos pasar, respetuosos
al borde del camino se apartaban...

—¡El Señor los bendiga! se decían...
Y abandonando sus fragantes cargas...
¡con cuánto amor, quitándose el sombrero,
las *buenas tardes* al cruzar nos daban!

Y al entrar en el pueblo, las vecinas
asomaban su rostro á las ventanas
y sonriendo siempre, nos decían:
—¡Que la Virgen les sirva de compañía!

Y los niños corrían á mirarnos,
y muchas veces con tus manos blancas
agobiadas de anillos, alisaste
alguna cabecita desgreñada!

Hoy sólo y melancólico regreso
recordando tu amor á nuestra casa...

Los campesinos al mirar mi luto
y mis ojeras y mi faz tan pálida:
—Se ha quedado como un desenterrado!—
murmuran entre sí con voz muy baja...
Y su voz llega á mí como un suspiro
que me salpica el corazón de lágrimas...

También rostros curiosos de vecinas
se asoman como ayer á las ventanas...
—Valor! Resignación!—me dicen todas...
Y hasta al verme llegar los niños callan

y suspenden sus juegos, y hasta alguno
parece preguntar con la mirada:
—¿Qué se habrá hecho de la blanca mano
que mis ásperos rizos alisaba?

V

Leve mano de incienso y de nieve
entrevista á través de una reja
una noche de Mayo, soñando
sobre el viejo marfil de las teclas;
leve mano de incienso y de nieve
¿por qué evocas tan dulces cadencias?

Una voz en el aire suspira:
—Cierra al mundo los ojos y sueña...
En la tierra florecen rosales,
en el cielo florecen estrellas...
Por la mística senda de lirios
se aproxima la virgen que esperas...

Viene á darte su beso primero,
de azahares ceñida y envuelta
en el velo sutil que tu mano
rasgó un día, al volver de la iglesia.

A través de los claros cristales
en fragante blancor de azucenas
entrará silenciosa á tu alcoba,
á decirte en un beso:—¡Despierta!

Ya no tengo caricias de carne...
Soy un alma de luz, toda enferma,
que ama sólo las palidas frentes
que á la luz de la lámpara sueñan...

En las horas que cruzas sombrío
como un hosco fantasma, las negras
avenidas de largos cipreses,
y de hinojos postrado en la tierra
á la cruz de una tumba te abrazas,
¿no me has visto llorar de tristeza?

Para mí no hay secretos ni enigmas.
Yo conozco la mágica senda
que conduce al jardín encantado,
donde en una inmortal primavera
resucitan las almas que amaron
y á sus viejos amores esperan.

Cuando apagues tu lámpara, y dejes
tus floridas ventanas abiertas,
yo escalando los blancos rosales
entraré, temblorosa, por ellas,
á envolver en un beso de olvido
el dolor de tu frente que piensa.—»

De repente la voz se ha extinguido
al volver una obscura calleja
de la vieja ciudad. En las sombras
hay puñales desnudos que acechan...

Estoy solo, perdido en la Noche...
Soy un tímido niño que tiembla...

Leve mano de incienso y de nieve
entrevista á través de una reja
una noche de Mayo, soñando
sobre el viejo marfil de las teclas;
leve mano de incienso y de nieve
¿por qué evocas tan dulces cadencias?

VI

Tu nombre es como una
oración.

Al pronunciarlo tiembla
de ternura la voz,
se doblan las rodillas, y se reza
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano
puesta en el corazón...

Cada sílaba evoca
una alegre visión...

Una visión que pasa por la vida
como un rayo de sol;
una visión que canta en los recuerdos
igual que un ruiseñor;
una visión que nos perfuma el alma
como un rosal en flor...

Tu nombre es como una
oración...

Es agua viva en medio del desierto,
sombra y frescura en horas de calor...

Tiene el encanto de las viejas músicas
que en nuestro oído la niñez dejó,
guarda el calor de los primeros besos
y el eco débil del postrar adiós...

Tu nombre es como una
oración...

Al pronunciarlo tiembla
de ternura la voz,
se doblan las rodillas, y se reza
como el nombre de Dios...

Se reza lentamente, con la mano
puesta en el corazón...

VII

Muy lejos de la Vida, volveremos
á vernos, una tarde
melancólica y dulce del Otoño,
cuando turba la calma del paisaje
el eco funeral de las campanas
que por el alma de los muertos tañen.

Volveremos á vernos y, enlazados
mis brazos á tu talle,
cruzaremos las sendas florecidas,
donde brotan los últimos rosales
que temblando de angustia se deshojan
en la otoñal desolación del parque.

Cruzaremos ciudades misteriosas
de tumbas y cipreses; mudos valles,
donde la voz se extingue sin un eco;
senderos solitarios, donde nadie

dejó su huella... Unidos de las manos,
más allá de la Vida, bajo un sauce
hallaremos la casa abandonada,
con las puertas abiertas, esperándote...

El viejo perro familiar, saltando,
vendrá á lamer tus manos irreales;
y el canario, al oírte, dará al viento,
en la jaula, sus más dulces cantares,
y abierto el pico y con las alas trémulas
se acercará á los hierros, á picarte...

Bajo tus dedos volverán las músicas
á soñar en las teclas de la clave,
y otra vez, á las luces de la lámpara
en las largas veladas otoñales,
mientras tus tristes labios me sonríen,
te cantaré mis versos inmortales.

Cansados de leer, sobre tu falda
el libro abierto aún, en clara tarde,
fundidos mis cabellos y tus trenzas,
veremos á través de los cristales
jugar en el jardín á nuestros hijos
desplumando las alas de algún ángel...

Nuestras almas, unidas en la Vida,
no podrán en la Muerte separarse!...

Yo sueño con la gloria de ese encuentro,
y al cruzar mis eternas soledades,
me recuerda el rumor de tus vestidos
el temblor de la brisa entre los árboles...

Te apoyas en mi brazo; me sonrías
con tu eterna sonrisa inolvidable,
y juntos, regresamos á la casa,
á la luz moribunda de la tarde,
mientras turban la paz esas campanas
que por las almas de los muertos tañen...

VIII

En alas de la brisa silenciosa
perfumada de rosas y azucenas,
en la noche, su voz llega á mi oído
como la luz sonora de una estrella.

Me habla de viejas cosas imposibles,
de amores infinitos y quimeras,
y yo para escucharla atento, apoyo
en las pálidas manos la cabeza,
mientras la débil llama de la lámpara
luchando con la Muerte, brilla trémula.

La voz canta en un sueño de sollozos.
--Cierra los ojos á la luz, y sueña...
Tras el vago paisaje de la vida
hay una sed de amores que te espera...

La sed de amores que llegó á tus brazos
envuelta en la nevada transparencia
de su velo de novia, coronada
de azahar; la divina compañera
que siempre tuvo, para ti, en los labios,
esperanzas, sonrisas y promesas,
la de manos gemelas de los lirios
y las dulces pupilas de gacela...

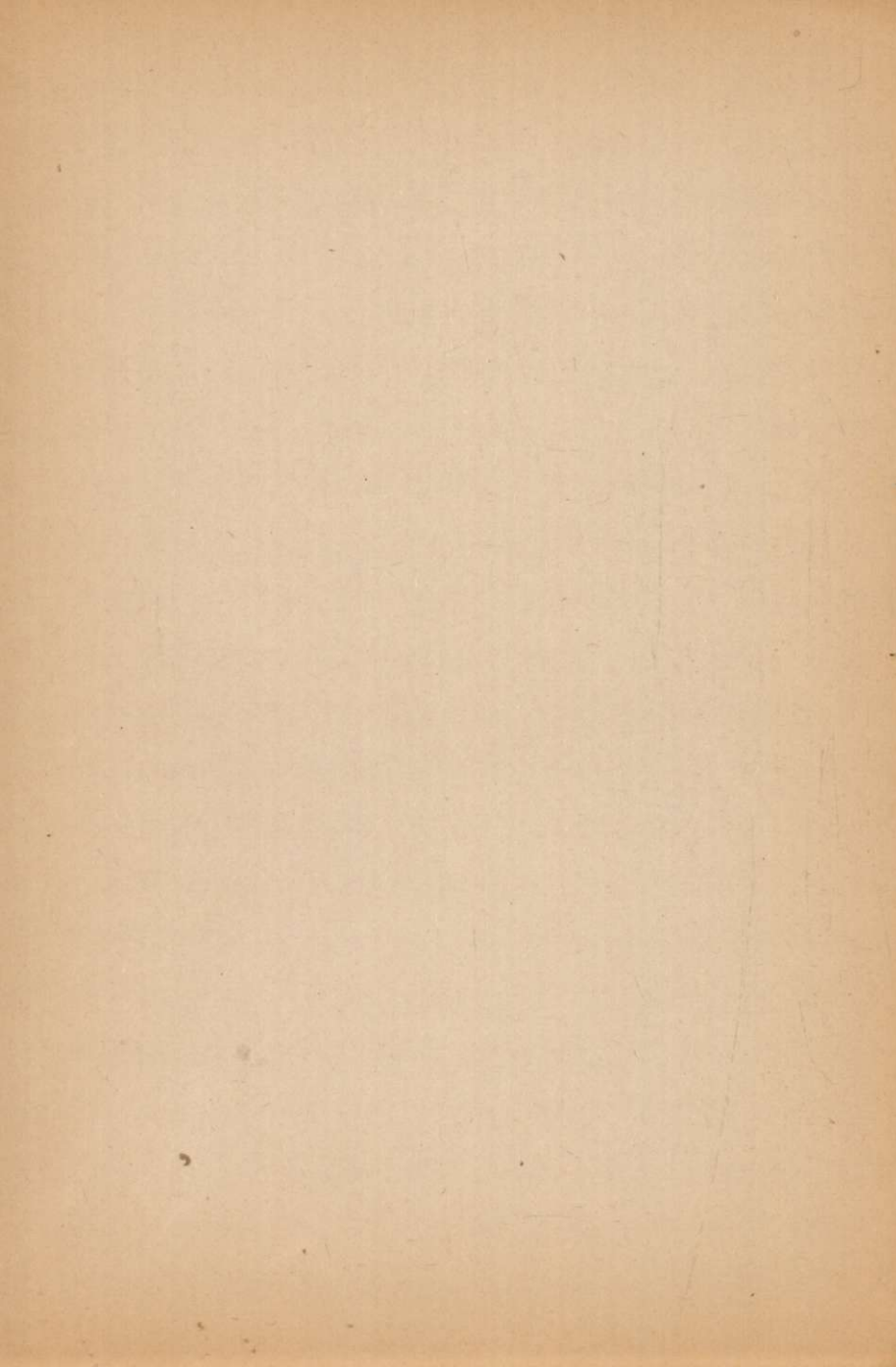
¡Oh, ven! ¡Oh, ven! Ante mis plantas roto
está el Misterio que la Muerte encierra...
Me perfuman las nubes... La Vía Lactea
en su divina claridad me vela,
y coronan mi sién, en vez de flores,
una guirnalda fúlgida de estrellas.

Dios oficia ayudado por los ángeles;
Levanta el cáliz... Bendecir espera
á los amantes que en la misma muerte
sus juramentos y su amor renuevan...

¡Señor, Señor, te pido desde el Cielo
lo mismo que mi amor desde la Tierra!—

Y la voz silenciosa se ha extinguido
como un perfume, y en la paz inmensa
de la Noche profunda, sólo escucho
los trémulos latidos de mis venas.

LA ELEGIA DE LAS CAMPANAS



I

A través de las callejas la tormenta brama y muge,
chilla, aulla, clama y ruge,
cual un monstruo que tuviese la voz múltiple del mar.

El vetusto maderamen á su empuje
choca y cruje;
y los muros
mal seguros
ceden, tiemblan, se estremecen,
y parecen
que se van á desplomar.

Nuestra casa es como un barco, sin timón, desarbolado,
por los vientos combatido, por las olas arrastrado,
que se entrega dando tumbos á merced del huracán,
mientras tristes, somnolientas y lejanas,
en los negros campanarios doblan lentas las campanas
por aquellos que se fueron y que nunca volverán.

II

¿Qué ruido me despierta?
¿Qué rodilla saltar hizo los herrajes de mi puerta?
¿Y qué viento de pavor

con su brusco soplo helado
la luz tímida y medrosa de mi lámpara ha apagado,
erizando mis cabellos y mi carne de terror?

¿Quién se acerca hasta mi lecho, y qué olor á sepultura
ha invadido la negrura
de mi pobre habitación?

¿Que voz trágica me nombra,
y la mano de qué sombra
estrangula mi garganta y me oprime el corazón?

¿Es, quizás, un asesino
que al mirar desde el camino
el reflejo de mi lámpara destellando en el cristal,

forza el hierro de la puerta,
se desliza cauteloso por la sombra y me despierta
apoyando sobre el pecho la frialdad de su puñal?

¿Es un súcubo que avanza, paso á paso, cauteloso,
se introduce entre mis ropas y perturba mi reposo,
oprimiéndome en sus brazos, anhelante de sorber

hasta el último latido de la sangre de mi vida?

¿O es el alma impenitente de algún trágico suicida
que en la noche el aposento de su crimen, vuelve á ver?

Un sopor de fiebre el ímpetu de mis nervios paraliza,
algo tibio y pegajoso por mi cuerpo se desliza
como sangre que manase de una herida sin cesar.

En un mar de negras sombras aterrada el alma gime...
Siento un peso que me ahoga y una mano que me oprime
con tal fuerza la garganta que no puedo respirar.

III

¿De quién son esas pupilas cuya intensa luz me pasma,
que se acercan y se alejan, cual los ojos de un fantasma
que volase con las alas extendidas sobre mí?

Y mi cuerpo se contrae, se retuerce enfurecido,
como ciervo por los dientes de los perros perseguido
que con ímpetu furioso corre ciego hasta morir!

Y es tan hondo mi quebranto y tan viva mi amargura
que parece que mis huesos romper quieren su envoltura
y la sangre de mis venas va en un vértigo á estallar!

Y me siento de repente tan inmóvil, tan helado,
cual cadáver bajo el hielo de la tierra sepultado,
como un muerto que flotase, á la luna, sobre el mar.

Mas de pronto, como al eco de una voz pura y divina
se disipa el maleficio, y mi alcoba se ilumina
de una vaga claridad.

Y de luz toda vestida, hasta mí llega ligera
la perdida compañera
que en los tiempos más felices alegró mi soledad...

La visión pura y radiosa
que duró lo que una rosa;
y al morir entre mis brazos para siempre me dejó
un perfume de ternura,
tan intenso y tan suave que aun impregna de frescura
mi doliente corazón!

IV

¿A qué vienes á estas horas ¡Oh, visión siempre esperada!
si es más triste y pavorosa la quietud de mi morada
que la paz de tu ataúd;

si mi brazo está tan débil que no puede sostenerte,
si á la misma sepultura, en el día de tu muerte
con tu cuerpo se llevaron á enterrar mi juventud?

Yo fuí joven á tu lado; en tus brazos yo fuí bueno;
¡y anhelaba tantas glorias inmortales en tu seno!...
En tu ánfora, al sediento, le brindaste qué beber...

Y hoy estoy tan abatido...
¡Desde el día de tu muerte de tal modo he envejecido,
que si vuelves á mirarme no me vas á conocer!

Sólo en ti piensa mi alma, en lo largo de esta ausencia,
en lo helado de tu tumba, cual si toda mi existencia
á tu lado, bajo tierra, se pudriese en tu ataúd...

Y mis tristes pensamientos, son cipreses arraigados
en un viejo cementerio, hasta el cielo levantados,
cual si en él buscar quisieran un consuelo á su inquietud!

V

¡Oh, mi eterna compañera! Ave errante, ¿dónde has ido?
Al mirar lo que tardabas mi dolor deshizo el nido,
y hoy te espero á la ventura sin saber por dónde iré...

Y yo sé que espero en vano...
Ya no hay mano que sostenga la tristeza de mi mano,
ni hay un palmo de terreno que pisar pueda mi pie!

Todo, todo se ha deshecho. Todo, todo se ha perdido
con tu sombra en las tinieblas pavorosas del olvido...
Fué un relámpago la dicha, y tornó la obscuridad...

Y de nuevo el pasajero,
con los pies ensangrentados, á la vuelta del sendero
se detiene condolido de su propia soledad...

¿Por qué dura su perfume, si agostada está la rosa?
Tú en el polvo de la fosa
estás muerta para todos, pero vives para mí!

Y yo vivo para el mundo,
pero oculto en el sepulcro del misterio más profundo,
estoy muerto para ti!

VI

Como nadie ya me quiere,
no hay sonrisa que me espere
en las puertas del hogar...

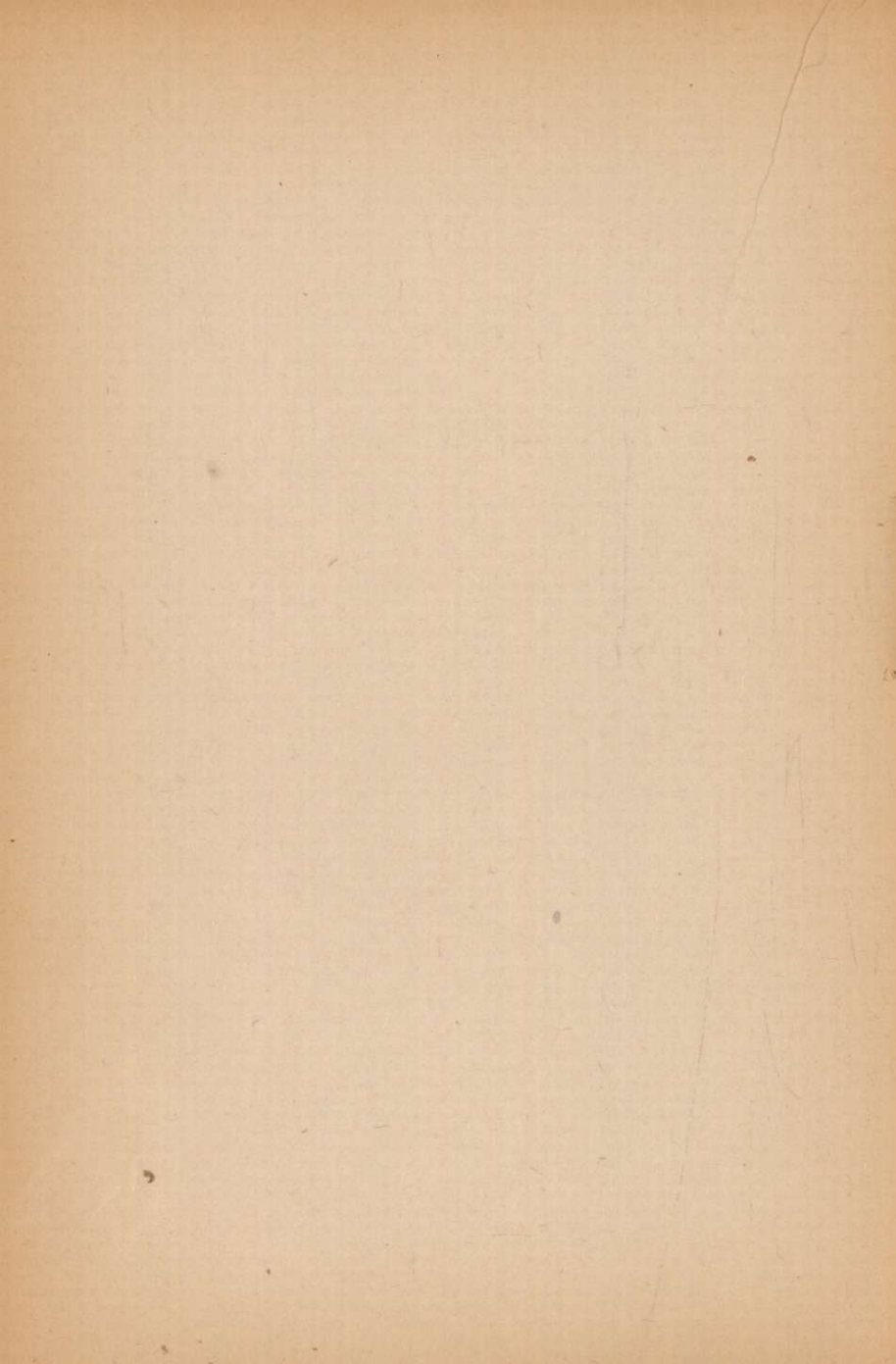
Ten piedad del ave herida
que atraviesa desangrándose y sin fuerzas, por la vida
sin saber en qué desierto ó en qué nido ha de expirar

Nuestra casa es como un barco, sin timón, desarbolado,
por los vientos combatido, por las olas arrastrado,
que se entrega, dando tumbos, á merced del huracán,

mientras tristes, somnolientas y lejanas,
en los negros campanarios doblan lentas las campanas
por aquellos que se fueron y que nunca volverán!

EL HOGAR VACÍO

Á MI HERMANA LEONOR



I

Mes de los Muertos! Lentas
sollozan las campanas...
Llueve... Lloran del viento
las fugitivas ráfagas
al deshojar las últimas
rosas de mi ventana...

Mes de los Muertos! Nadie
en la desierta casa
viene á rezar conmigo...

Una tumba es mi alma,
sin flores, en un viejo
cementerio olvidada...

Recuerdo: Ella, ante un Cristo
de rodillas rezaba
por todos los que duermen
bajo la tierra santa.

Yo á su lado leía
á la luz de la lámpara..
De súbito, mirándome,
me dijo con voz baja:
—¿Quién cuando yo me muera
rezará por mi alma?

¡Qué triste está su tumba,
que sola y que lejana!..
No habrá sobre ella flores,
ni una cruz, ni una lápida!

Rezemos, sí, rezemos..
Rezar es recordarla,
y en mis labios su nombre
es la mejor plegaria!..

Mes de los Muertos! Lentas
sollozan las campanas.
Llueve... Lloran del viento
las fugitivas ráfagas
al deshojar las últimas
rosas de mi ventana!

II

Silencio! La lámpara,
con su luz tan tenue,
á escribir invita
versos á la Ausente
que hace tanto tiempo
que espero y no vuelv e!

¿Estuvo en mis brazos
ó fué solamente
un sueño que apenas
soñado se pierde?

Sólo sé que á ella
mi vida le debe
las únicas horas
tranquilas y alegres.

Y que una mañana
de sol refulgente
—realidad ó ensueño—
se fué para siempre!

Amor y riqueza,
gloriosos laureles...
Juventud, sin ella
¿para qué los quieres?

Las horas son siglos...
Su ausencia me tiene
viviendo sin vida,
muriendo sin muerte.

Y no sé si es Ella
ó soy yo, quien duerme
en la tierra santa
bajo los cipreses!...

Silencio!... La lámpara,
con su luz tan tenue,
á escribir invita
versos á la Ausente
que hace tanto tiempo
que espero y no vuelve!

III

En los labios besos,
en los ojos lágrimas...

Su cariño era
claridad, fragancia;
sus manos dos lirios
en flor; sus palabras
dulcesruiseñores
de Abril que alegraban
con su voz el triste
jardín de mi alma...

Fué su vida un sueño
que disipa el alba...

Su amante recuerdo
se va en la distancia

borrando, fundido
con otras amadas
memorias perdidas
de cosas lejanas...

Y ya es tan confuso
que no sabe el alma
si ha sido mi esposa,
mi madre ó mi hermana...

IV

En la casa cerrada,
sin risas y sin besos,
aún flota como un vago
perfume su recuerdo.

La esperan los sillones;
está el piano abierto,
y aún copian su sonrisa
los antiguos espejos...

Hay algo suyo en estas
paredes que sintieron
apagarse su última
palabra en el silencio...

Hay algo suyo, hay algo
en estos muebles viejos
que aún guardan en sus sedas
las huellas de su cuerpo...

El libro que su mano
dejó en la mesa abierto,
la labor comenzada,
el solitario lecho,
parece que en las sombras
evocan su recuerdo!

¡Pobre niña enlutada
que abrazada á mi cuello
te duermes, sonriente,
al rumor de los rezos...
¡No volverán sus manos
á alisar tus cabellos!

Cuando tu voz la llame,
responderá á tu acento
alguna voz de lágrimas:
—¡Tu madre está en el Cielo!

En la casa cerrada,
sin risas y sin besos,
aún flota como un vago
perfume su recuerdo!

V

Sin ella ¡qué triste
está nuestra casa!

La sonrisa ha huído
de los labios...

Lágrimas,
suspiros, sollozos,
las puertas cerradas...

¡Parece un sepulcro
nuestra vieja casa!

Cuando nos sentamos
á la mesa, pálidas
las tristes mejillas,
los ojos con lágrimas,

al mirar su asiento
vacío, en voz baja
todos sollozamos:
—¡Allí se sentaba!...

Silencioso, á veces
penetro en su estancia,
creyendo que en ella
soñando me aguarda,
sonriente el labio,
las manos cruzadas,
y la cabellera
negra destrenzada
sobre la blancura
de las almohadas.

Del clave las viejas
teclas empolvadas
aún las ténues huellas
de sus dedos guardan;

y un libro de versos
conserva en sus páginas,
el triste perfume
de su última lágrima.

Á veces la niña
llorando la llama.

La busca en la alcoba
donde ella bordaba,
y me balbucea
con su rota charla:

—Mamá se ha escondido...
¡Dile tú que salga!...

Sin ella ¡qué triste
está nuestra casa!

VI

Dormida entre rosas,
lirios y azucenas,
era como una
Primavera muerta.

Las manos más blancas
que los lirios eran,
y el rostro más pálido
que las azucenas.

Un agrio perfume
de rosas ya secas,
perfumaba el aire
de vagas tristezas.

Y de los blandones
á las luces trémulas,
dormida entre rosas,
lirios y azucenas,
era como una
Primavera muerta.

VII

Se ha dormido la casa
ciega de tanto llanto...
El silencio, el latido
del péndulo ha parado.

Sólo un rayo de luna
besa el blanco teclado
en cuyo polvo quedan
señales de sus manos.

Su cuerpo se fué. El alma
se quedó en el piano...

¿No la oís, en la noche
sollozar, evocando
el dolor de la música
que me dejaba pálido,
al inclinar mi frente
de pena entre las manos?

¡Chopin! ¡Chopin!... ¡Qué triste
tu corazón, hermano
de este corazón mío
que tiembla como un pájaro
que se encuentra sin nido
al regresar al árbol!

Un perfume de rosas
asciende de los campos,
y me evoca el perfume
de sus rizos castaños...

Aquel vago perfume
que al cerrar con mis labios
para siempre sus ojos,
preso quedó en mis manos...

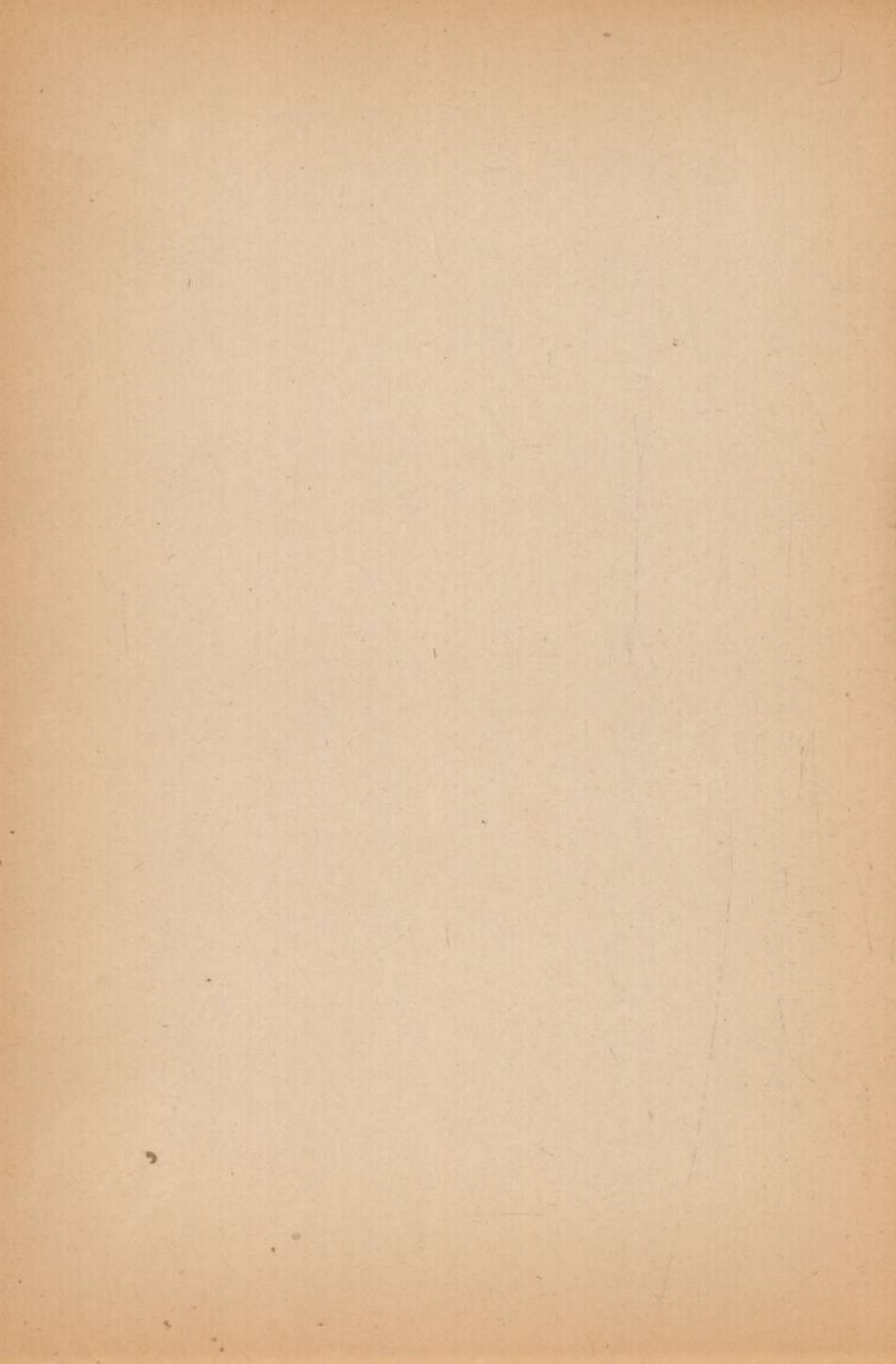
¡Oh, tú, sombra enlutada
que conteniendo el llanto
te acercas á las teclas
con silenciosos pasos...
no profanes su eterno
silencio con tus manos!

Al más pequeño ruido,
al más leve contacto
se escapará su alma
dormida en el piano...

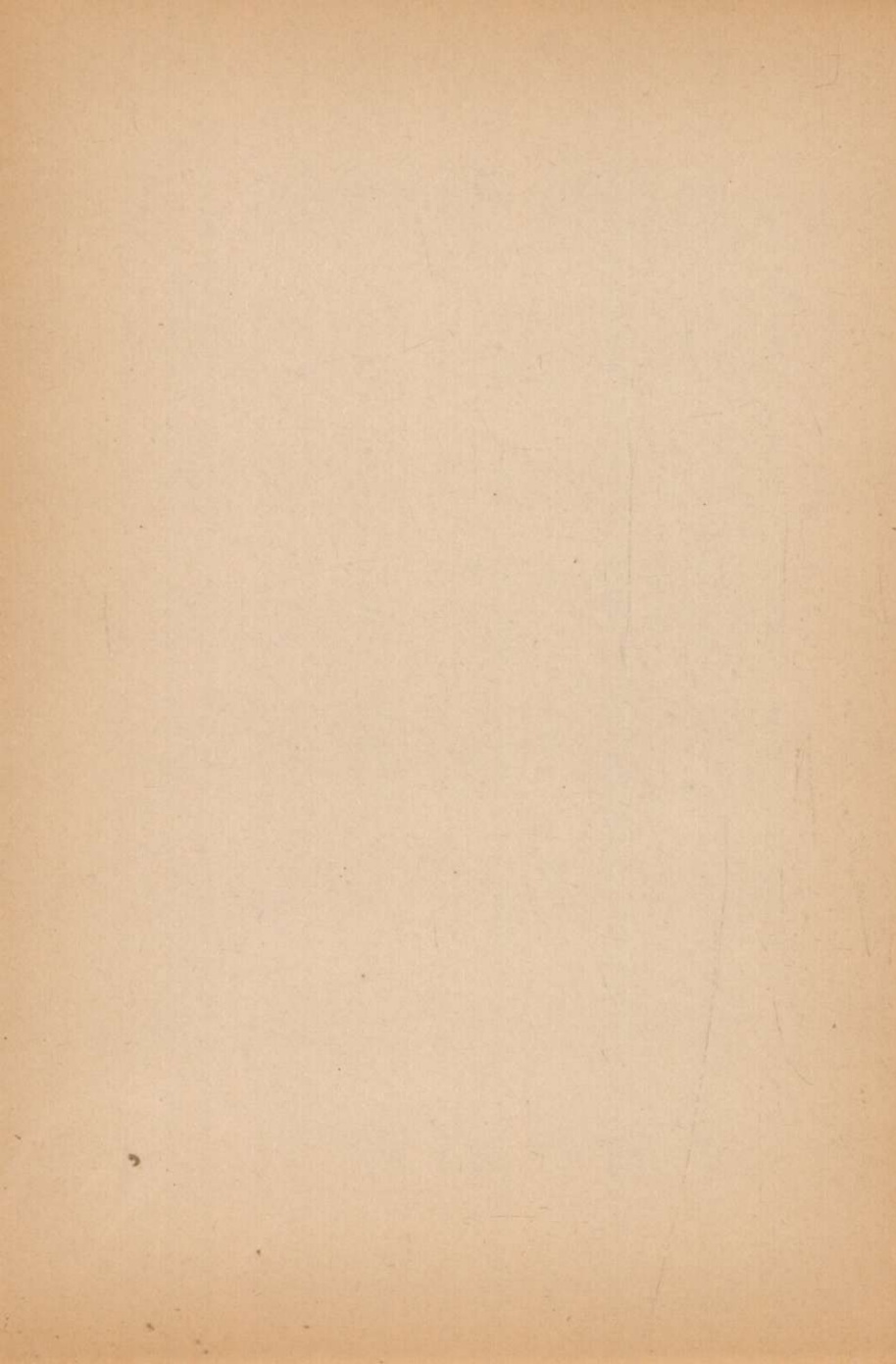
La luna muere. Y ella
se acerca. Oigo sus pasos
no por la sala, dentro
del corazón cansado...

¿No la ves, en la sombra,
con su vestido blanco,
la cabellera suelta
y el índice en los labios?





VELADAS SENTIMENTALES



I

Pensemos, sí, pensemos en esta humilde hora
de silencio y de calma, en la fortuna incierta,
hasta que las cortinas de la ventana abierta
alumbre la indecisa claridad de la aurora.

¡Alma llena de espantos y de misterios, ora
arrodillada y triste, por tu esperanza muerta!
Su luz vierte aún la lámpara, y, asomado á la puerta
hay un viejo recuerdo que silencioso llora...

El monótono péndulo rima con el latido
del corazón cansado. Suspira en el oído
la palabra postrera de algún adiós lejano.

Sobre el papel la errante mirada se detiene,
y del nombre que lenta va trazando la mano
surge una blanca sombra que á acariciarme viene.

II

Tal vez no era graciosa, quizás no fuese bella,
mas tenían sus ojos tal expresión amante
y era tan puro el pálido perfil de su semblante,
que para mí la Gracia, la Belleza, son Ella!

Como un rayo de luna aún su fulgor destella
en las profundas noches de mi dolor constante...
Los surtidores vierten lágrimas de diamante...
¡Por Ella llora plata en el azul la estrella!

¡Hermosa no serías, visión toda ternura,
mas yo no vi hermosura igual á tu hermosura
en el destierro estéril por donde cruza el hombre,

seguido de la sombra de su melancolía...
¡Para mí la Belleza, el Amor, la Poesía,
tienen tus mismas líneas, llevan tu mismo nombre!

III

Á través de las grises vidrieras empañadas
el otoñal paisaje, á la lluvia y al viento
se estremece de frío y se deshoja lento...
Llora el aire un perfume de rosas deshojadas...

El silencio propicio de la estancia, convida
con su luz moribunda y su fúnebre calma,
á encerrarse en la obscura tumba de nuestra alma
y evocar las imágenes borrosas de otra vida.

Mientras igual que un humo gris que deshace el viento
la humedad del crepúsculo muere en el aposento
y en nuestras manos yace un libro abandonado,

sentimos en la carne la filtración helada
de algo nuestro que duerme en la tierra mojada
de algún viejo y ruinoso cementerio olvidado!

IV

En horas de silencio, una voz desterrada
de la vida, resuena sin cesar en mi oído,
y oyéndola se queda mi corazón dormido
y el alma en un ensueño de amores encantada.

Es una voz antigua, de besos perfumada,
oración sin palabras, música sin sonido,
que repite en mi espíritu como un eco perdido
la ternura infinita de aquella voz amada.

Me envuelve en su caricia fugitiva. Bendice
mis quimeras nocturnas. Yo no sé lo que dice...
Solo sé que de ella mi amor piedad espera,

que es tan suave y dulce, tan tierna y dolorida
que la escucho llorando, y, oyéndola, quisiera
cerrar eternamente los ojos á la Vida.

V

Es la visión de un sueño, la nítida visión casta
que en sus horas sombrías el corazón espera...
Florece en nuestro invierno como una primavera
y al labio dice: ¡rie! y al dolor grita: ¡basta!

Mística alegoría de todos los amores
sus dedos curar saben la más profunda herida,
y en sus entrañas duermen, esperando la vida,
los gérmenes de una legión de soñadores.

Su amor conserva el sacro fuego de las vestales.
Divina sembradora de ensueños inmortales
alumbra cuanto mira y anima cuanto toca.

Es la perpetua sombra que al cuerpo marcha unida,
y cuando nuestros párpados se cierren á la Vida
será su nombre el último que muera en nuestra boca!

VI

Cayó sobre tu cuerpo la tierra húmeda y fría,
al pie de los cipreses del viejo camposanto.
El tiempo lentamente va enjugando mi llanto,
y todo huye y se pierde en vaga lejanía.

Como por una herida correr las horas dejo...
Tu indeciso semblante se borra entre la bruma,
como un perfil de santa que confuso se esfuma
en el fondo terroso de algún cuadro muy viejo.

A veces tu sonrisa, un gesto, tu mirada
iluminan fugaces mi memoria cansada...
Para olvidarlo todo mi párpado se cierra,

y el labio fatigado apenas si te nombra,
mientras tu amor, mi único compañero en la Tierra,
me sigue eternamente como mi propia sombra.

VII

Yo adoro esos pianos, de polvo envejecidos,
que dejó para siempre alguna sombra abiertos,
donde en horas de insomnio las manos de mis muertos
tocan, para mí solo, nocturnos nunca oídos.

Contemplándolos, mudo paso noches enteras...
En la penumbra insomne, recuerdan sus figuras
alargadas y estrechas, humildes sepulturas,
y su marfil evoca pulidas calaveras.

Mi juventud, pianos, llenásteis de poesía,
de cánticos de ángeles y músicas de estrellas,
y perfumes de gloria... Y es hoy mi único anhelo

morir en plena noche, oyendo en mi agonía
gemir en vuestras teclas una canción de aquellas
que tocaban las manos que me han de abrir el cielo!

VIII

Florecerá de nuevo una esperanza loca.
La piedad de una mano vendrá á curar mi herida,
y el labio un salmo alegre entonará á la Vida,
buscando, suspirante, los besos de otra boca.

¿Qué nueva enamorada me ceñirá en sus lazos?
Aunque sea más pura, más cándida y más bella
que la Reina del Cielo, no será como Aquella
que rezando mi nombre expiró entre mis brazos!

Pronto, acaso, de nuevo la estancia muda y grave
alegrarán los ecos de alguna voz piadosa...
Pero por más que dulce me encante su sonido

no será como aquella voz tímida y suave
que hoy tiene la infinita tristeza prestigiosa
de que jamás la oiremos vibrar en nuestro oído!

IX

Un anhelo imposible todas mis dichas trunca...
Lo infinito y profundo de mi dolor me aterra...
Mi esperanza contigo duerme bajo la tierra
ese sueño de mármol que no se acaba nunca!

Mis ojos nada miran, mi oído nada siente...
Ni un poco de descanso encuentro en mi jornada,
lo mismo que si fuera un alma condenada
á caminar sonámbula, sin fin, eternamente.

Me toco, y en mi sangre no oigo latir la vida...
Parece que en tus brazos se quedó adormecida...
Quien de los dos ha muerto, mi razón no concibe...

Y en medio de este olvido á explicarme no acierto
si yo soy el que vive y eres tú la que has muerto,
ó si yo seré el muerto y eres tú la que vive!

X

Una clara mañana de Abril, una mañana
perfumada de frescas rosas recién abiertas,
ornaré de azahares el umbral de mis puertas
para que tú penetres como una soberana.

Vienes toda de blanco, con los brazos abiertos...
Bajo tu planta el mundo florece y se ilumina,
y de tus labios vírgenes se escapa esa divina
frase que hace á la Vida resucitar los muertos.

Las arpas de los ángeles acompañan tus pasos
y te cubre la púrpura de todos los ocasos...
El prisionero aguarda en sus horas de penas

verte entrar en su cárcel, toda de luz vestida,
para que con tus manos desates sus cadenas
y le abras nuevamente las puertas de la Vida.

XI

Todo en la vieja estancia parece que te espera:
el sillón, los espejos... Está abierto el piano,
y tiemblan las cortinas como si á alzarlas fuera
reluciente de joyas tu fina y blanca mano.

El péndulo palpita... Dos pobres rosas rojas,
desde las altas ánforas de China, lentamente,
sobre la alfombra antigua dejan caer sus hojas,
igual que si llorasen tu blanca mano ausente.

El amor ha volado... El nido está vacío...
El rosal de mis rejas se deshoja de frío...
Mi carne es como ese rosal, y mi alma una

rosa que tiembla al borde de una rama...
Ha cesado la lluvia... Y la luz de la luna
es escala de oro que hasta el cielo me llama!

XII

Hay algo que en las sombras al alma se revela,
y entreabre las puertas de mi alcoba, sin ruido,
y los ojos se espantan y la sangre se hiela
al sople pavoroso de lo Desconocido.

La luz tiembla y se apaga. El silencio estremece
como un vuelo de seda frágil y temblorosa,
y sutil é impalpable una sombra aparece
envuelta en una blanca túnica luminosa.

Su silueta recuerda la lánguida silueta
que se alzaba en la punta de los pies, suspirando,
por alcanzar los largos besos de su poeta.

Y sus ojos, de una piedad desconocida,
son las mismas pupilas que yo cerré llorando
en la hora más larga y triste de mi vida.

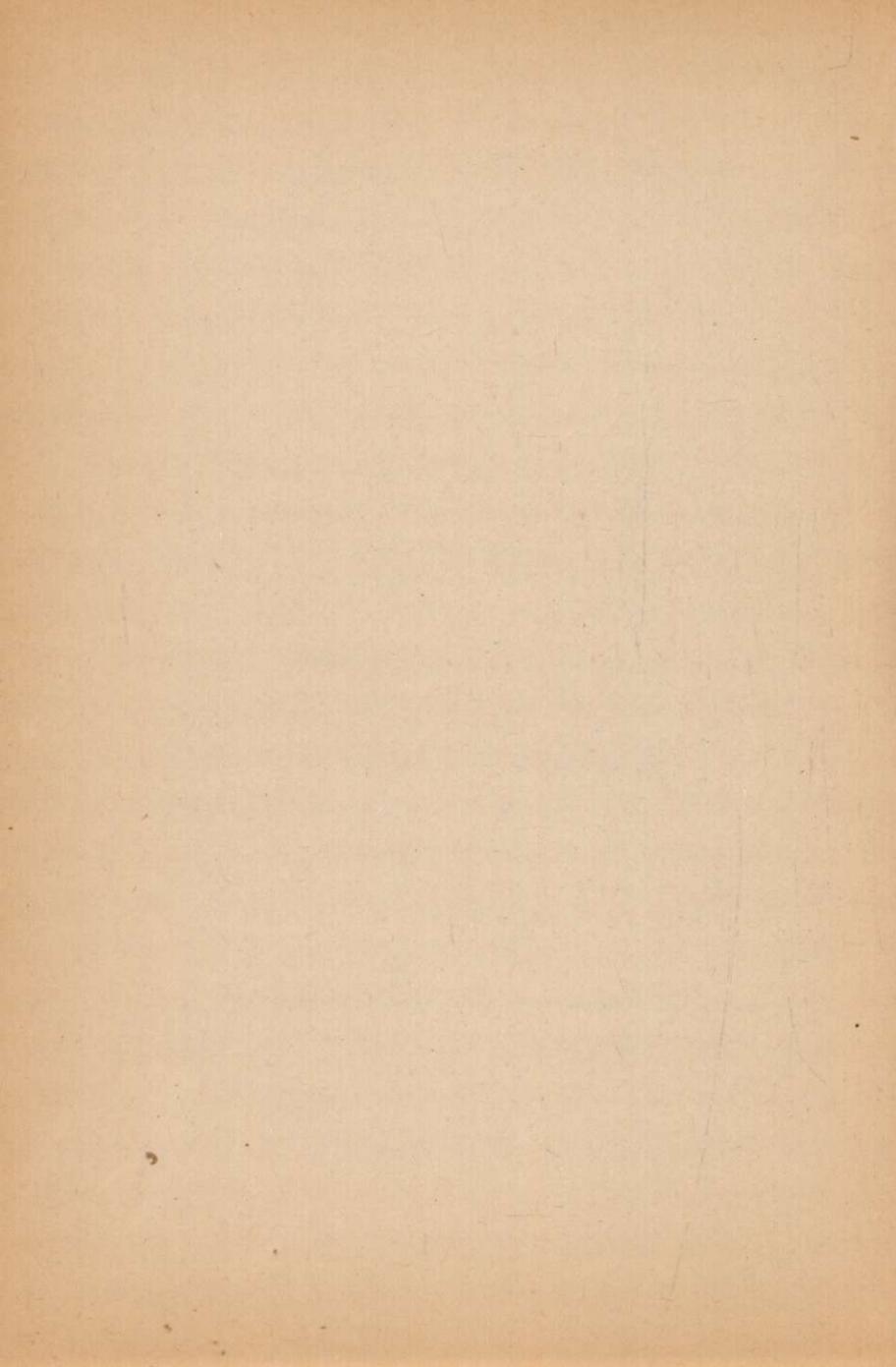
XIII

Los pasos se apagaron lentamente en la alfombra.
Volvió á hacerse el silencio, y lívido, espantado,
contemplé entre las sombras esfumarse su sombra
como en el fondo insomne de un espejo encantado.

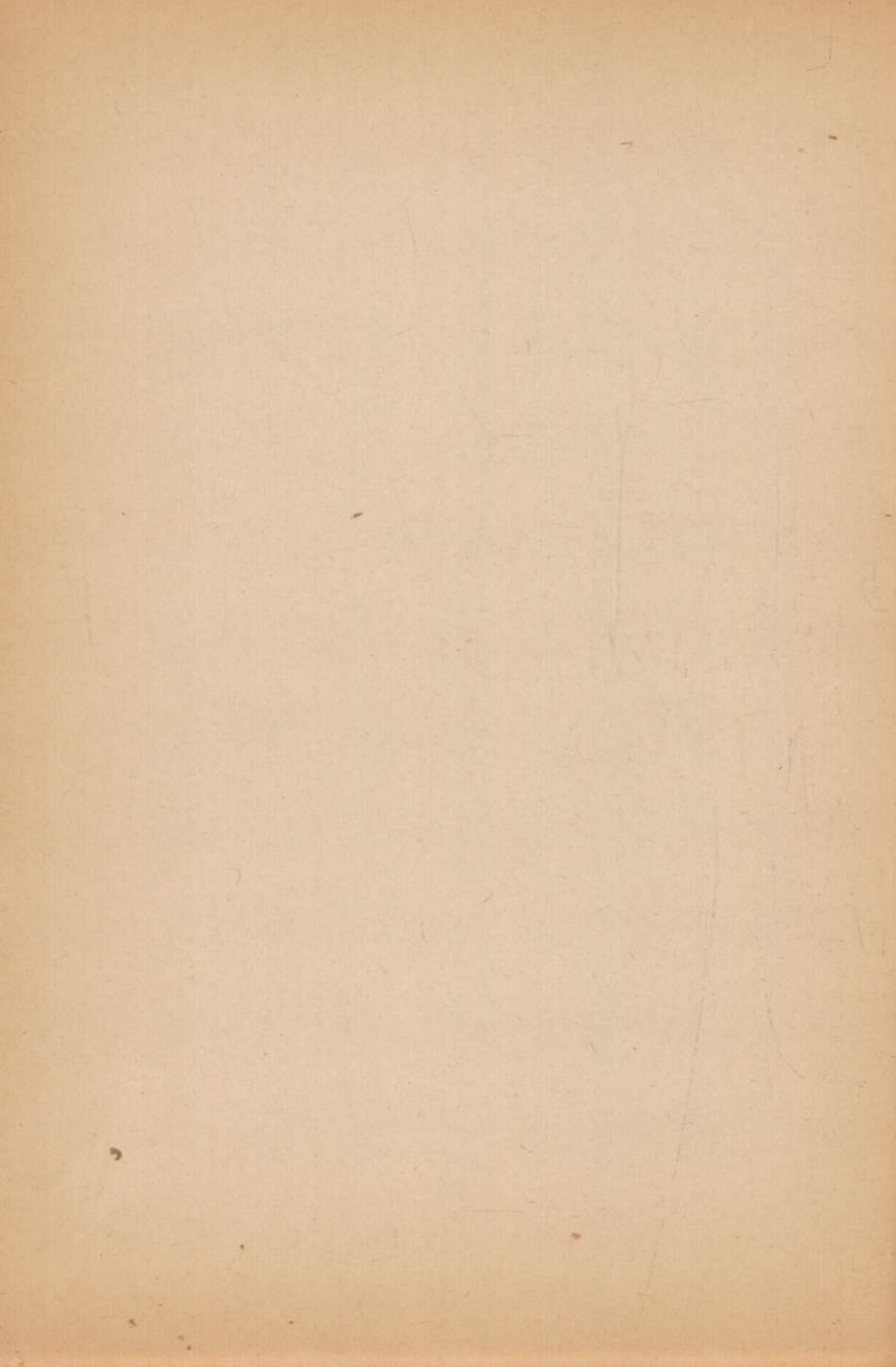
Curvado en el abismo interrogué al misterio,
y respondió á mi oído la voz que me consuela:
—El cuerpo que tú amaste, duerme en el cementerio,
pero el alma á tu lado maternalmente vela!

En el laboratorio de las transformaciones
surgirán mariposas de aquellas carnes bellas,
para alegrar los cármenes de tus recordaciones,

mientras te brinda el alma el inmortal consuelo
de esas maravillosas floraciones de estrellas
que levantan tu espíritu y tus ojos al cielo!



LAS APARICIONES



I

Si el labio fiel lo invoca con una fe infinita
se abren las sepulturas, Lázaro resucita...

Adorar al recuerdo... Amarlo intensamente...
De rodillas rezarle... Lo pasado es presente...

Volverá, si queréis, la sonrisa perdida
á los labios exangües, volverá la florida

primavera á las almas que agonizan de frío,
como surge en las sombras de nuevo el sueño mío

Las campanas celestes anuncian su llegada...
Viene toda de ensueño y de amor perfumada...

Es la Pura, la Única, aquella cuyo nombre
es la oración eterna en los labios del hombre.

Trae esa paz que cura toda dolencia humana...
A un mismo tiempo es novia, madre, esposa y hermana.

En su pecho, tan puro como un sagrario, encierra
los más grandes amores del cielo y de la tierra.

Su mano, flor de luna, descorre la cortina
del lecho. Su faz mística sobre mi frente inclina

y me besa... En sus brazos me mira con cariño
y me duerme cantando, como se duerme á un niño.

Ya la miro que llega, tranquila y sonriente,
con su paso tan tímido, que apenas si se siente.

Viene toda de polvo y de tierra cubierta,
igual que si dejase la tumba de una muerta!

II

Cuando el nocturno silencio
se inmoviliza en mi estancia,
cuando ni latir escucho
mi sien sobre la almohada,
y parece detenida
hasta la luz de la lámpara,
penetra sin hacer ruido
su visión de luna blanca,
y se sienta silenciosa
en el borde de mi cama.

A través del níveo velo,
la piedad de su mirada,
brilla, cual negro diamante
en el iris de una lágrima;
y cuando los brazos tiendo
para lograr estrecharla,
me mira tenaz y fija,
y en silencio se levanta.

Y me detiene en un gesto
de paz, su mano, tan blanca
entre la nieve del velo
que da miedo contemplarla!...

Y sin ruido, como ha entrado,
sin saber dónde, se marcha...

III

Blanca sombra, mi alcoba iluminas
de un ensueño lunar de tristeza...
Ensangrienta, visión, tu cabeza
una mustia corona de espinas.

Y en mi noche de oscuros dolores
van sembrando tus manos, tan bellas,
ramilletes de místicas flores
que parecen guirnaldas de estrellas.

Tu imperial cabellera un destello
y un perfume quimérico exhala,
y una gota de sangre resbala
á lo largo de cada cabello.

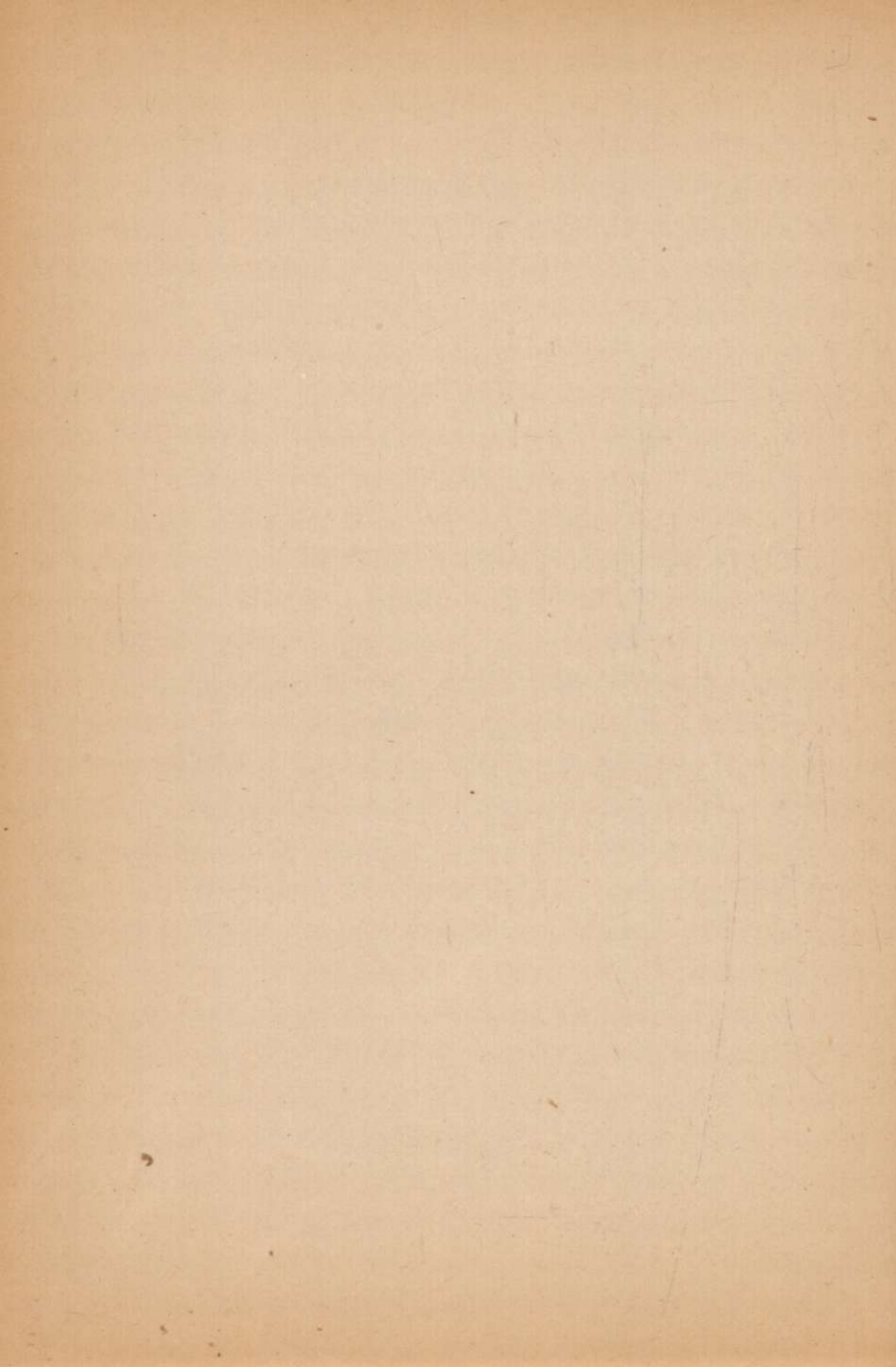
Con tus pasos sobrenaturales
te aproximas, visión, á mi lecho...
con las cruces de siete puñales,
cual la Madre de Dios, en el pecho!

¡En el nombre de Dios te demando
que me digas quién eres, qué anhelas...
Con tu paso fugaz me desvelas,
y á tu voz me despierto llorando...

Yo conozco esos ojos sombríos
y esas manos de melancolías...
¡Esos ojos, Amor, fueron míos,
y esas manos, Bondad, fueron más!

Y esa voz, esa voz de consuelo,
más fragante que un huerto florido,
otra vez—no sé dónde—la he oído...
¿En la Tierra quizás, ó en el Cielo?

LA SOMBRA DE BEATRIZ



I

Cruzas por mis tinieblas como una
blancura inmaterial y fugitiva,
como una sombra desterrada viva
de los valles de plata de la Luna.

Como un presagio de mi astral fortuna,
un verde ramo de perenne oliva
ciñe tu blanca frente pensativa
entre la larga cabellera bruna.

Expresión celestial tu rostro asume,
y á tu paso despiértase un perfume
que nos evoca las floridas plantas

ornamentos de célicos jardines,
donde cortan los Ángeles jazmines,
para ornar el cabello de las Santas.

II

La noche astral de tu cabello ondea
sobre tu etérea y mística blancura.
Es un sueño de amor tu vestidura,
y un nimbo de silencio te rodea.

En torno á ti, tu tibio aliento crea
toda una Primavera de frescura.
Tienes la paz inalterable y pura
que mi cansado espíritu desea.

No sé de dónde vienes. A medida
que en la sombra surgir tu imagen veo,
dentro del pecho, el corazón se para,

como si fueses tú mi propia vida
que, para darle forma á mi deseo,
por mis ojos abiertos se escapara.

III

Resplandecen los místicos senderos
de Luna. En un encantamiento mago,
en la plata quimérica del lago
se deshojan los blancos jazmineros.

Está el azul florido de luceros.
Por el astral camino de Santiago
se pierden mis ensueños, como un vago
desfile de fantásticos romeros.

El Templo de Zafir! Sobre albas nubes
una legión de cándidos Querubes,
con la mano en el pecho, se arrodilla.

Repican las campanas encantadas,
y en la mano de Dios el cáliz brilla
sobre nuestras cabezas inclinadas.

IV

Te he visto en un Ensueño ó en la Vida,
en las florestas de un jardín lejano
cogerme como á un niño, de la mano,
para guiar mi juventud perdida.

En tu regazo se quedó dormida
mi alma, cansada de buscar en vano
entre las flores del jardín humano
las huellas de la eterna Presentida.

Sé que, abriendo una pausa á mi tristeza,
recliné entre tus senos mi cabeza,
para dormirme con tu amor soñando.

Soñé un sueño quimérico y divino,
y al despertarme me encontré llorando
solo con tu recuerdo en el camino.

V

Vestida de luar, con paso quedo,
iluminaste mi nocturno triste,
y á mi vida, sin fe, de nuevo hiciste
rezar con labio balbuciente el Credo.

Sobre el umbral inmóvil, con el dedo
en el labio, silencio me impusiste,
y con voz sin palabras me dijiste
lo que en lengua mortal decir no puedo.

Frutos de amor en vano gustar quiso
mi labio en otros labios terrenales.
Al expulsarnos Dios del Páraíso

como un Ángel, desnuda la ígnea espada,
se quedó tu recuerdo en los umbrales
para impedir á todo amor la entrada.

VI

Sobre el jardín insomne de mis penas
cruzas como el arcángel del Estío,
desgranando collares de rocío
y vertiendo perfumes de azucenas.

Con tus manos, me quitas las cadenas
que me puso el fantasma del hastío...
Colmas mi corazón: vaso vacío
que, de paz y de amor, de nuevo llenas!

Te acercas á mis labios, vacilante,
ocultando el rubor de tu semblante
bajo el cabello undívago y sedño...

En un recuerdo astral nos abrazamos,
y en su divino tálamo gozamos
las nupcias imposibles del Ensueño.

VII

Ilumina las sombras de repente
un sendero de luces estelares,
y ceñidas las sienes de azahares,
avanza tu blancura, sonriente.

Bajo tu casta aparición se siente
serenarse el tumulto de los mares,
mientras la Luna teje en sus telares
velos de plata para ornar tu frente.

Tu voz llega, como una silenciosa
música de misterio, á mis oídos...
Florece en mi rosal la primer rosa,

y á un gesto de tus manos irreales
vuelven las viejas aves á sus nidos
abandonados entre los rosales.

VIII

Cual si acabara de dejar su estrecho
ataúd, empolvado todavía,
tu recuerdo quimérico surgía
con el cabello inmaterial deshecho.

Bajo la blanca túnica, tu pecho
con un ritmo inmortal latir se oía,
igual que cuando, vivo, lo sentía
bajo mi mano, sobre el blanco lecho.

Tu actitud, presagiábame imposible:
—¡No sueñes! Tu cariño es imposible!
Y en un constante y angustioso grito

sollozaba de amor mi vida entera,
y la piedad de tu mirada era
una prolongación del Infinito!

IX

El crepúsculo está lleno de aromas,
de campanas de plata y de cantares...
Zumban abejas en los azahares.
Baja un temblor de esquilas por las lomas.

El aire sabe á miel de abiertas pomas,
y al tornar á sus blancos palomares
proyectan en los verdes olivares
sus sombras fugitivas las palomas.

Yo sueño con tu amor... Una infinita
dulzura sube del florido huerto...
¿Por qué el ensueño de una margarita,

hoja tras hoja mi saudade arranca,
si en la penumbra del balcón abierto
falta esta tarde tu silueta blanca?

X

¿Cómo era su perfil, dime, Deseo?
¿Cómo era aquel perfil gracioso y fino
digno de que un orfebre florentino
lo cincelase sobre un camafeo?

Cierro los ojos, y tan sólo veo,
como á través de un lago cristalino,
esfumarse su sombra ante el divino
temblor de un fugitivo parpadeo.

Sólo recuerdo, muy confusamente,
la pálida blancura de su frente
bajo las sombras de la cabellera,

y su mirar, que á todos envolvía
en esa gradual melancolía
de una puesta de sol en Primavera.

XI

Un ensueño de amor la tarde evoca.
En el jardín de mis nostalgias muerdo
la fragante manzana de un recuerdo
perfumado de besos por tu boca.

Un índice de paz mis labios toca...
De todo cuanto amé ya no me acuerdo,
y en un silencio sepulcral me pierdo
cogido al brazo de mi vida loca.

Deja á la vida, corazón, que vaya
á triunfar ó á morir en la batalla.
Aun cuando venza, al fin será vencida.

¡Vuelve á soñar á tu jardín florido!...
El Ensueño es más bello que la Vida,
y el Recuerdo más dulce que el Olvido!

XII

Se desliza tu pie, descalzo y leve,
por los jardines de mi Primavera,
sin marchitar un pétalo siquiera,
entre frágiles cálices de nieve.

Ni el ruiseñor á respirar se atreve,
temiendo, acaso, que su voz te hiera,
y la brisa, en tu frágil cabellera,
se oculta temerosa y no se mueve.

Te acercas á mi hogar. Se para dentro
del pecho el corazón, al presentirte,
á través del Olvido y de la Muerte,

y enmudece mi voz porque no encuentro
ni una sola palabra que decirte...
¡Tan honda es la emoción que siento al verte!

XIII

En el gris otoñal de la avenida
se esfuma la ilusión de tu silueta,
con un temblor difuso de violeta
en un sueño de amor desvanecida.

Sobre algún banco me quedé sin vida
bajo un negro ciprés, en la glorieta
donde todo dolor duerme y se aquieta
y hasta el recuerdo más tenaz se olvida.

¡Sigo tus pasos cual tu propia sombra,
y en vano el labio tímido te nombra,
quimérica ilusión de mis antojos...

Te llevo concentrada en mi deseo,
y sé que nunca me veré en tus ojos
aunque en mis ojos sin cesar te veo!

XIV

Igual que un pobre que tan solo cuenta
con una humilde casa en esta vida,
y de pronto su casa ve invadida
por la corriente lóbrega y violenta;

y al pasar el furor de la tormenta
y volver á su cauce la avenida,
encuentra su morada destruída
y en sus escombros á llorar se sienta,

mi alma, curvado sobre el pecho el cuello,
sollozante y mesándose el cabello,
entre las ruinas del pasado yerra...

—¿Es posible, Señor—grita mi espanto—
que aquellos labios que besara tanto
se haya comido sin piedad la tierra?

XV

Su vida era un ensueño de armonía.
La sombra de mi amor, como una esclava
tras ella, sonriente, caminaba,
y el oro de sus pasos recogía.

Sólo su corazón se entristecía
cuando mi corazón se acongojaba,
y era porque al unísono rimaba
el alma suya con el alma mía.

Se hicieron sus sonrisas inmortales
para asomarse á todos los umbrales
donde solloza el infortunio humano

y levantar las frentes abatidas,
y fué creada su divina mano
para abrir sueños y cerrar heridas.

XVI

Con lenta timidez, sin hacer ruido,
envuelta en un sudario astral de luna,
llegas hasta mi alcoba, como una
sombra desenterrada del olvido.

Todo se ve confuso, como hundido
bajo el agua espectral de una laguna...
Y entre tu larga cabellera bruna
va despertando tu perfil dormido.

Viertes un vago encanto indefinible,
y cuando el labio tu dulzura nombra
fulguras en mis noches de poeta,

cual si una mano angélica invisible
trazara con un fósforo en la sombra
la blancura inmortal de tu silueta.

XVII

La media luna es una hoz que siega
aureas estrellas sobre el claro y frío
cristal de plata del sonoro río
que espeja el verde ensueño de la vega.

Un resplandor astral mi vista ciega,
y, húmedos los cabellos de rocío,
como una sombra, á tu sillón vacío
para mirarme tu recuerdo llega.

Tu presencia en mis párpados derrama
el vago sueño de lo que no existe...
Y á veces te contemplo, mientras duermo,

sentada en tu sillón, junto á mi cama,
como una joven madre, muda y triste
velando el sueño de algún hijo enfermo.

XVIII

Mi vida es el silencio de una espera...
Se escapa de mis ojos la mirada,
ansiendo contemplar la sombra amada
que en otros tiempos á mi lado viera.

La mano palpa, cual si presintiera
negrear en la atmósfera callada
la seda tibia de su destrenzada,
profusa y olorosa cabellera.

Mi oído de impaciencia se estremece,
un olor á algo suyo el viento exhala...
—¿Estás ya aquí?—le digo, y me parece

que *aquí estoy*, dulcemente, me contesta
aquella voz que pasa como un ala
rozando fugitiva la floresta.

XIX

La paz suave de tu nombre, Elisa,
no sé qué piedad mística contiene
que eternamente hasta mis labios viene
á perfumar de ensueños mi sonrisa.

Mano de paz que mi cabello alisa
y beso interminable... Á la par tiene
la claridad celeste de Selene
y el frescor fugitivo de la brisa.

En cinco letras su dulzura encierra
la más piadosa música que he oído...
No temas que contigo, bajo tierra,

también tu nombre terrenal sucumba...
Mi amor sabrá librarlo del Olvido
y le dará la eternidad por tumba.

XX

En tanto que haya Amor y deje el día
en cada pecho una inquietud secreta,
mientras tenga perfumes la violeta,
no morirá tu nombre, muerta mía!

Y quizás una reina, en su agonía,
envidiando tu suerte, dirá inquieta:
—¡Oh, quién fuese la amada del poeta
para vivir eterna en su poesía!

Romper no puede el tiempo nuestros lazos...
Si te arrancó la muerte de mis brazos
mi amor te arrancará de brazos de ella,

para que unida á él, eternamente,
mientras en el azul quede una estrella,
vivas en la memoria de la gente!

XXI

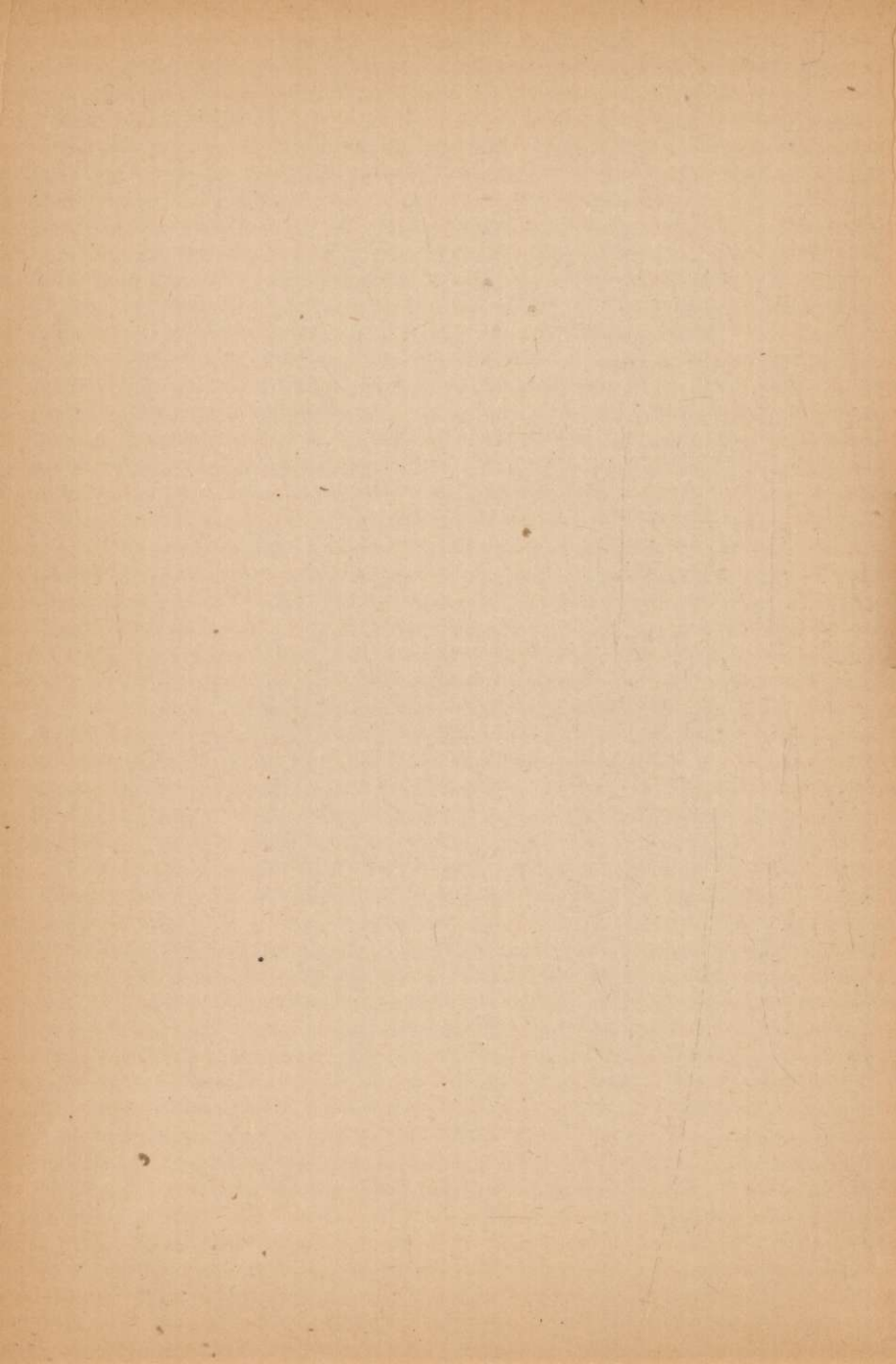
Este libro es un ramo de azucenas
que un ángel en los cielos ha cogido
para librar tu nombre del olvido
en la memoria de las almas buenas.

En estrofas trocáronse mis penas;
todo, verso por verso, lo he vivido,
y sentiréis en él hasta el latido
de la sangre que corre por mis venas.

Lo improvisé llorando y recordando:
es el dolor de toda una existencia;
son gemidos profundos y dispersos...

Y á medida que más vayais amando
ireis sintiendo con mayor violencia
la amargura infinita de estos versos.

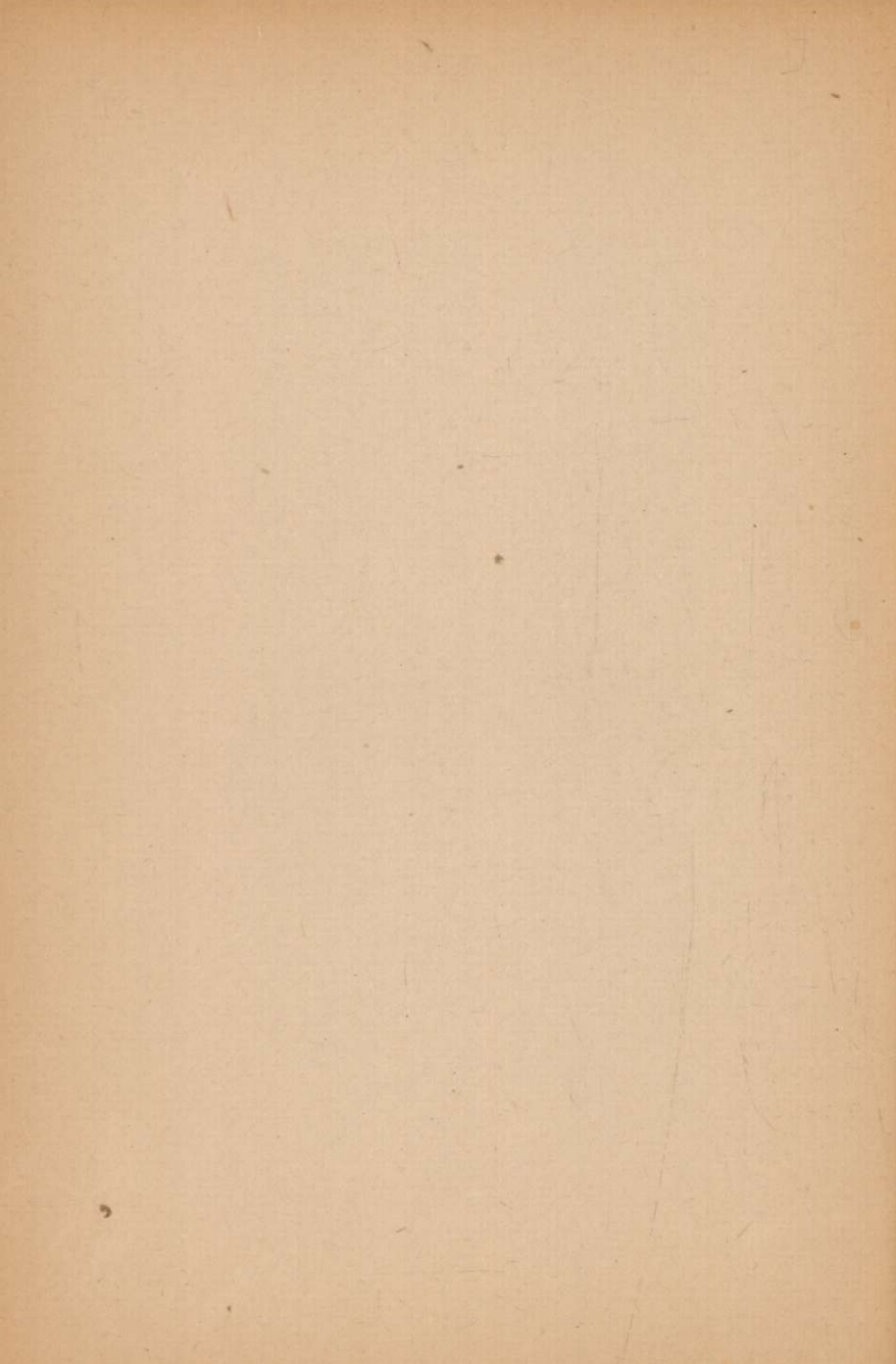
FIN



ELOGIOS LÍRICOS

I

Á VILLAESPESA



Vuelve, doliente viajero del áureo plectro enlutado,
silenciosa, lentamente vuelve al Valle del Pasado
oculto al mundo, mas no á ti;

allá un cirio milagroso arde y nunca se consume,
allá la flor del Ensueño vierte su extraño perfume
sobre una losa que sella los misterios de Ulalume...
postérnate ¡oh, Poeta! allí.

Es el Valle del Recuerdo, son las riberas nocturnas
do almas errantes acendran en el mármol de las urnas
el negro elixir del Dolor;

el cáliz ¡oh Inconsolable! al labio árido avecina,
y ante el ara que erigiste á la Ausente Peregrina
sentirás cómo tu espíritu se transfigura y culmina
con la embriaguez de aquel licor.

Reconstruye tu pasado, repasa senda por senda,
y á tu Muerta omnipresente lo más puro de ti ofrenda,
flor de pasión y de piedad;

con mudo recogimiento su casta imagen resguarda,
no la toque del olvido el ala fúnebre y tarda,
y su lámpara en el templo día y noche alumbre y arda
con inextinta claridad.

Son huéspedes dolorosos de todos nuestros instantes
los caros muertos... Nos miran y nos hablan como antes,
y qué tristes sus voces son!

¡Oh Muerte! ¡Oh transformadora! tu victoria fué incompleta;
no del todo te llevaste á la Amada del poeta...
Mientras él viva, ella alienta vida férvida y secreta
en lo mejor del corazón!

Es vencedor de la Muerte el Amor que se levanta
y el Dolor transfigurado en inspiraciones, canta,
y cantando á la cumbre va;

en el éter de sus lágrimas evapora una ambrosía,
y en ojos ya sombreados de letal melancolía
refleja el azul que brilla en serena lejanía
de las tormentas más allá.

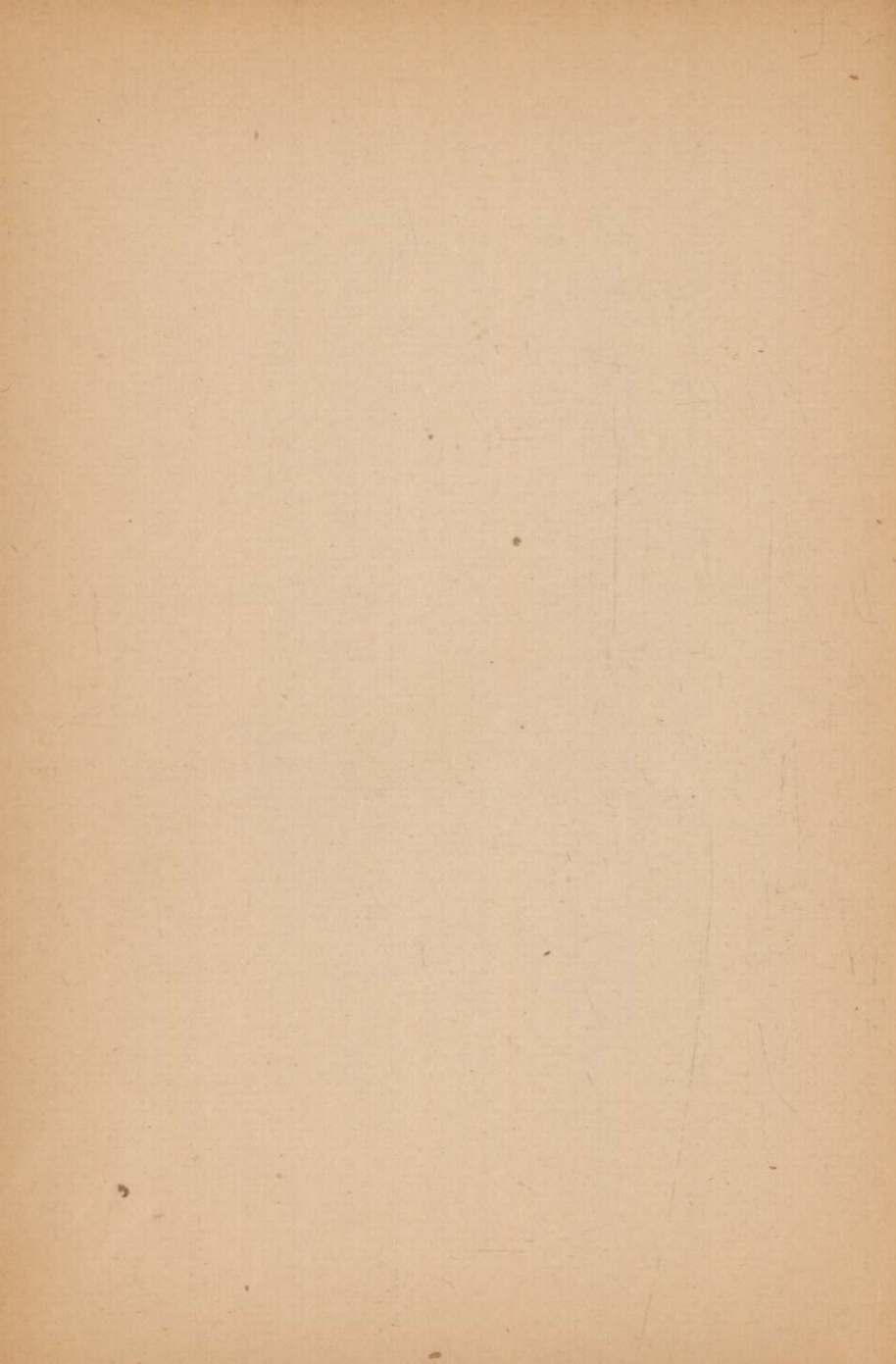
Sobre el sombrío naufragio más blanca la espuma flota,
la inspiración unge el alma que excelso dolor azota;
sobre los brazos de una cruz

deshoja sedeños pétalos la mística tricopelia,
y encima de la onda pérfida que hunde el cadáver de Ofelia
la poesía en los cielos traza misteriosa antelia
como una gran visión de luz!

El Tiempo es río de lágrimas que se arrastra lentamente,
de sus ondas tenebrosas en la insondable corriente
naufragó tu felicidad...

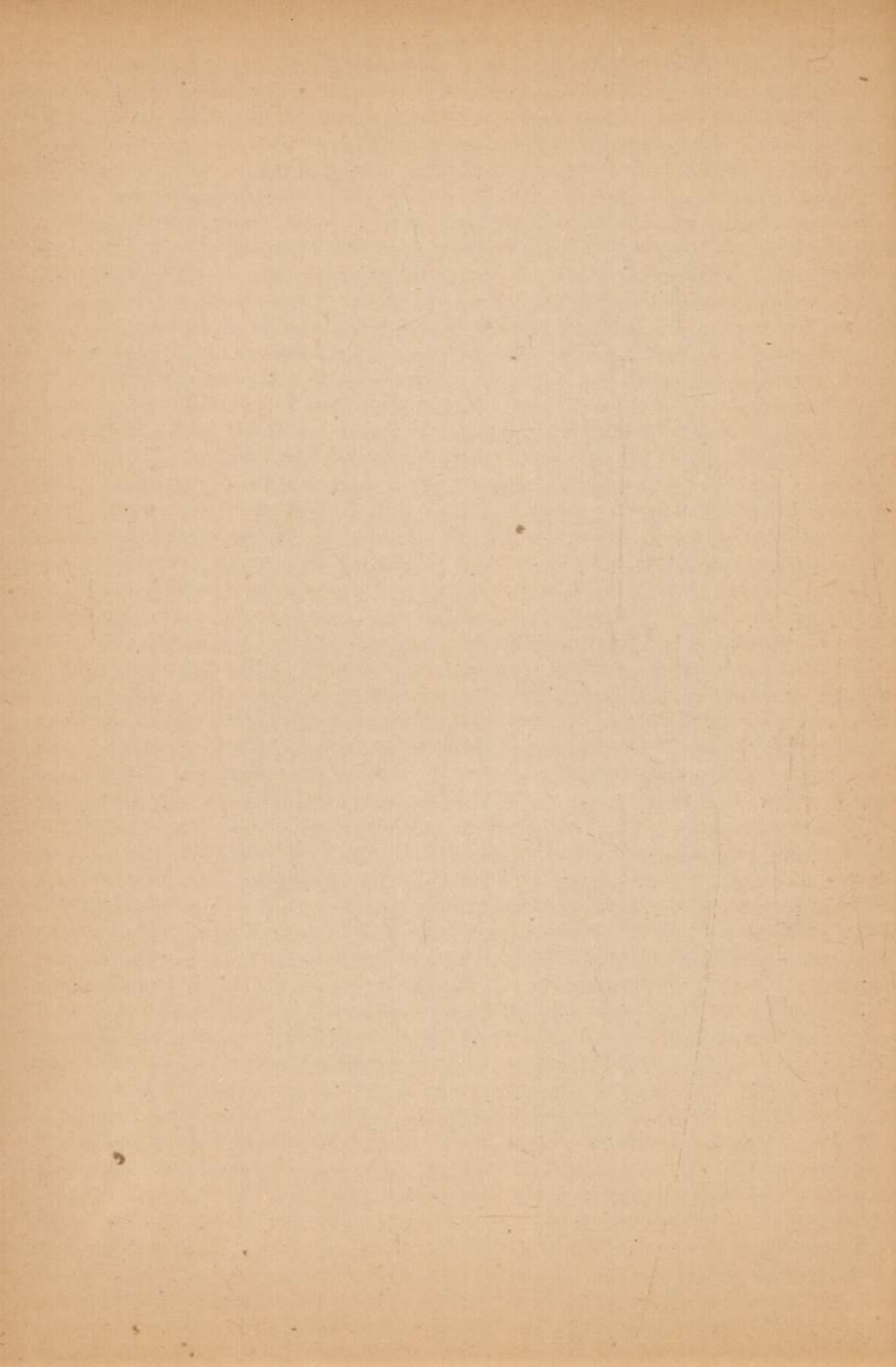
En la fúnebre ribera, tu Genio, oh hijo de Apolo,
como una estatua que azotan gélidos vientos del polo,
superior al Infortunio, se alza desolado y solo
con su amor y con su piedad!

CARLOS ARTURO TORRES.



II

Á ELISA



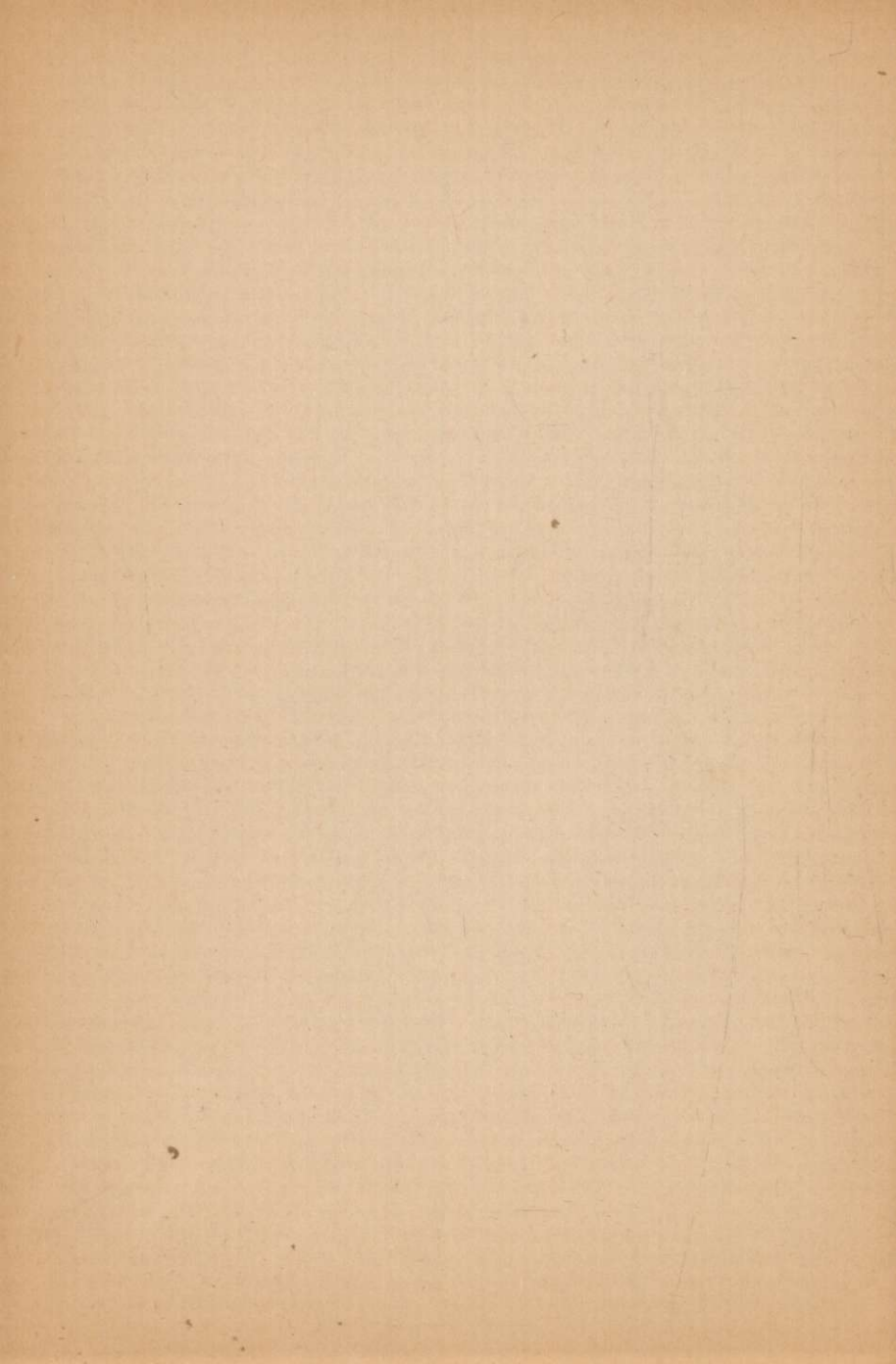
Aún yerra en el jardín de mis quimeras
aquel encanto pálido y lejano
que ponía en el luto del piano
el pensamiento gris de tus ojeras.

Y esta noche romántica, tú eras
luna, viento y cristal; tu dulce mano
estuvo entre las manos de este hermano
de todas las dolientes primaveras.

Mujer hecha de sombra y de jazmines,
deja en el triste azul de mis jardines
esa belleza que á la muerte arrancas;

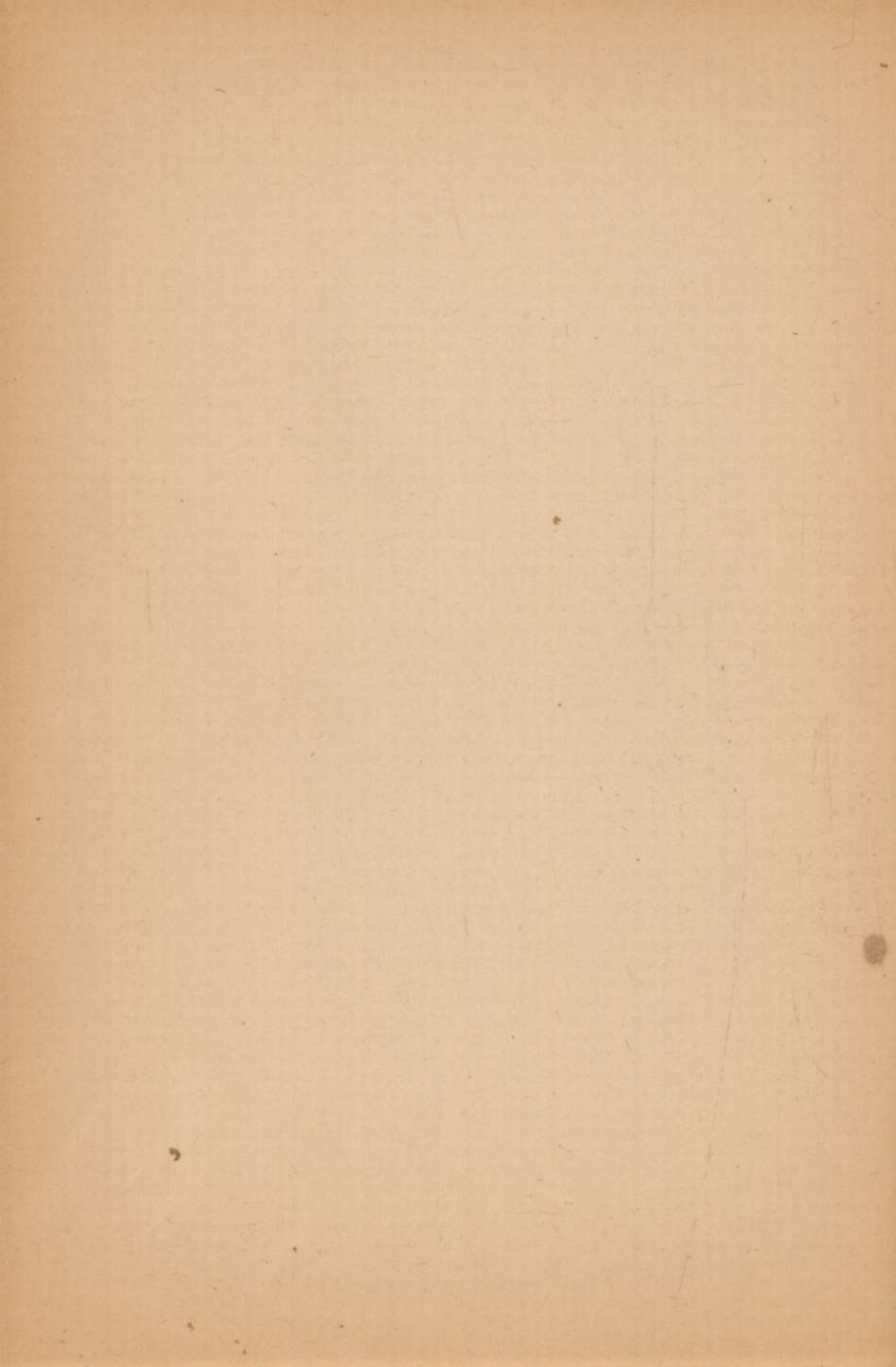
tú que nos diste, oh, blanca flor de angustia!
bajo el lirismo de una fronda mustia
todo el perfume de las rosas blancas!

JUAN R. JIMÉNEZ.



III

Á VILLAESPESA



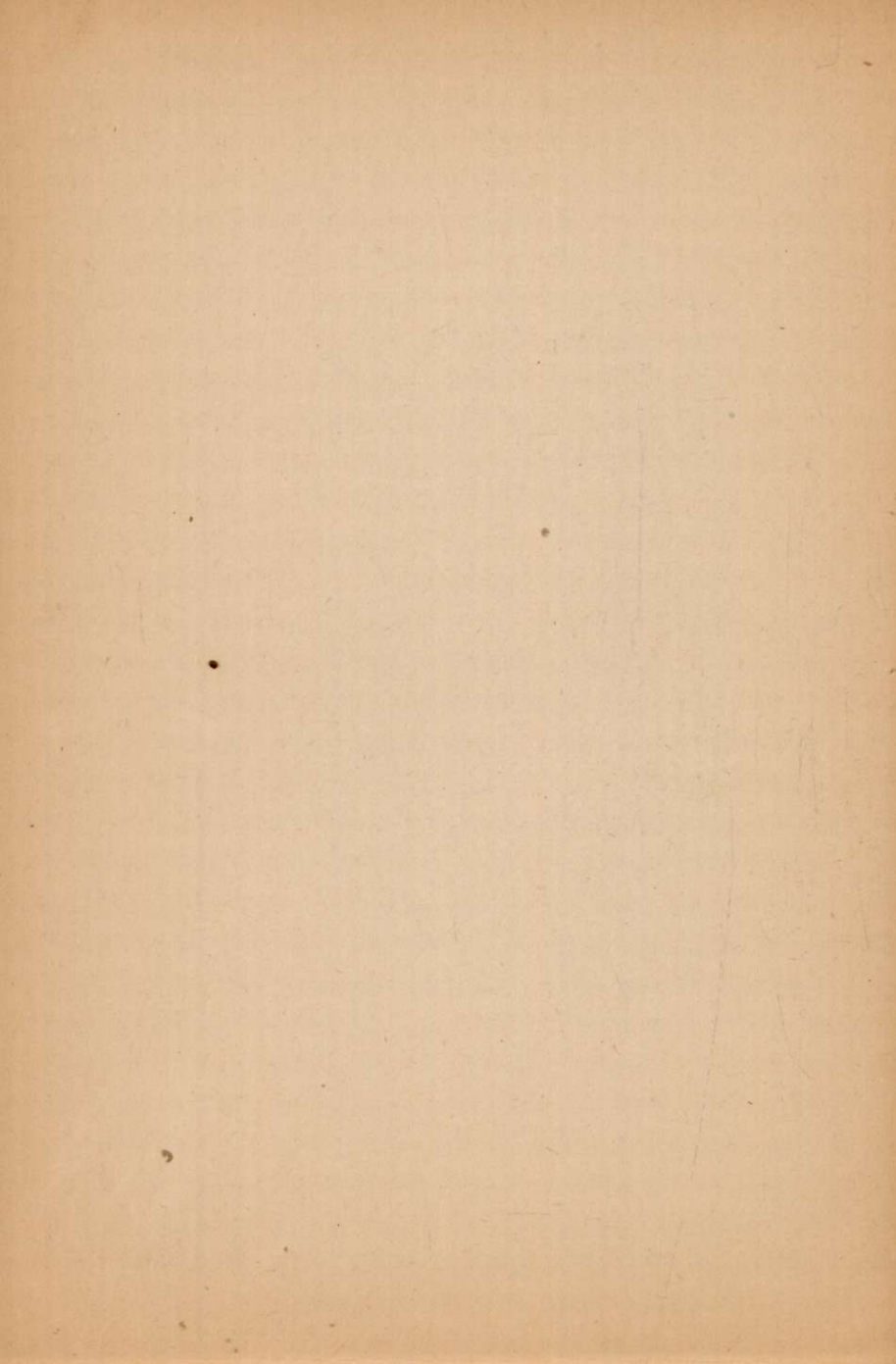
Tú sí que sabes arrancar del fondo
de tu doliente corazón el canto:
el canto dulce, indefnible y hondo,
que hace asomar á la pupila el llanto.

En el vaso del verso echas tus hieles,
y en él el alma atormentada pones;
y nos muestras, sin vanos oropeles,
la blanca desnudez de tus canciones.

Eres grande y sencillo. Verdadero
poeta, empuñas la sonante lira
y á cantar te adelantas... el primero.

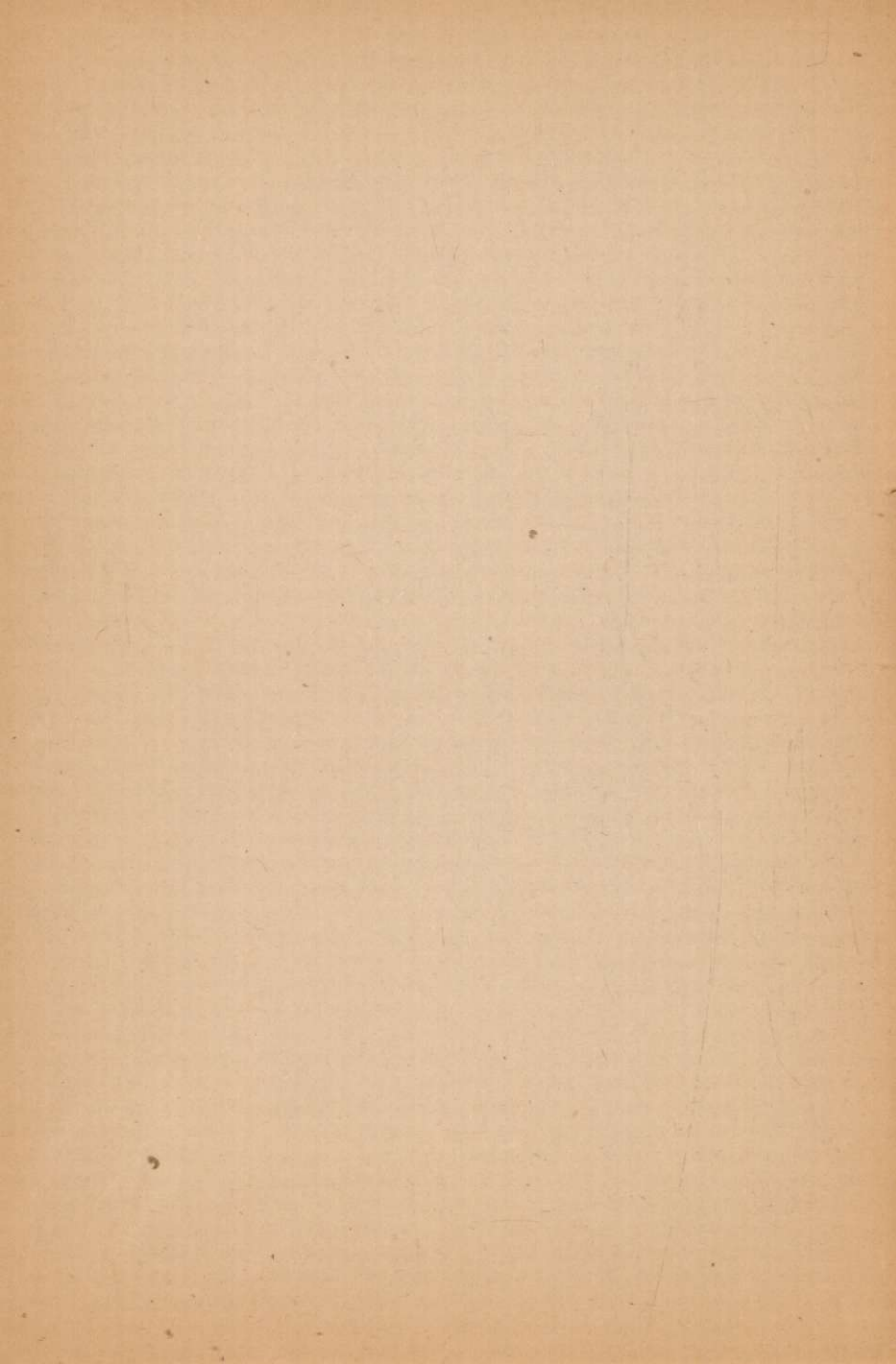
¡Tu lira cruje de dolor, de ira,
y, al pulsarla tu mano, hasta el acero
de su cordaje ablándase... y suspira!

JULIO FLÓREZ.



IV

À VILLAESPESA



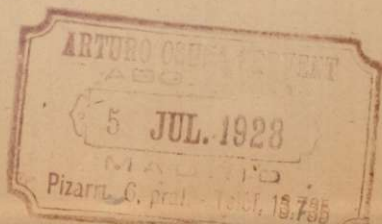
Es el Pegaso su corcel ardiente,
su fe y su juventud son su armadura;
va el verso por espada á su cintura
y es en sus manos rayo incandescente.

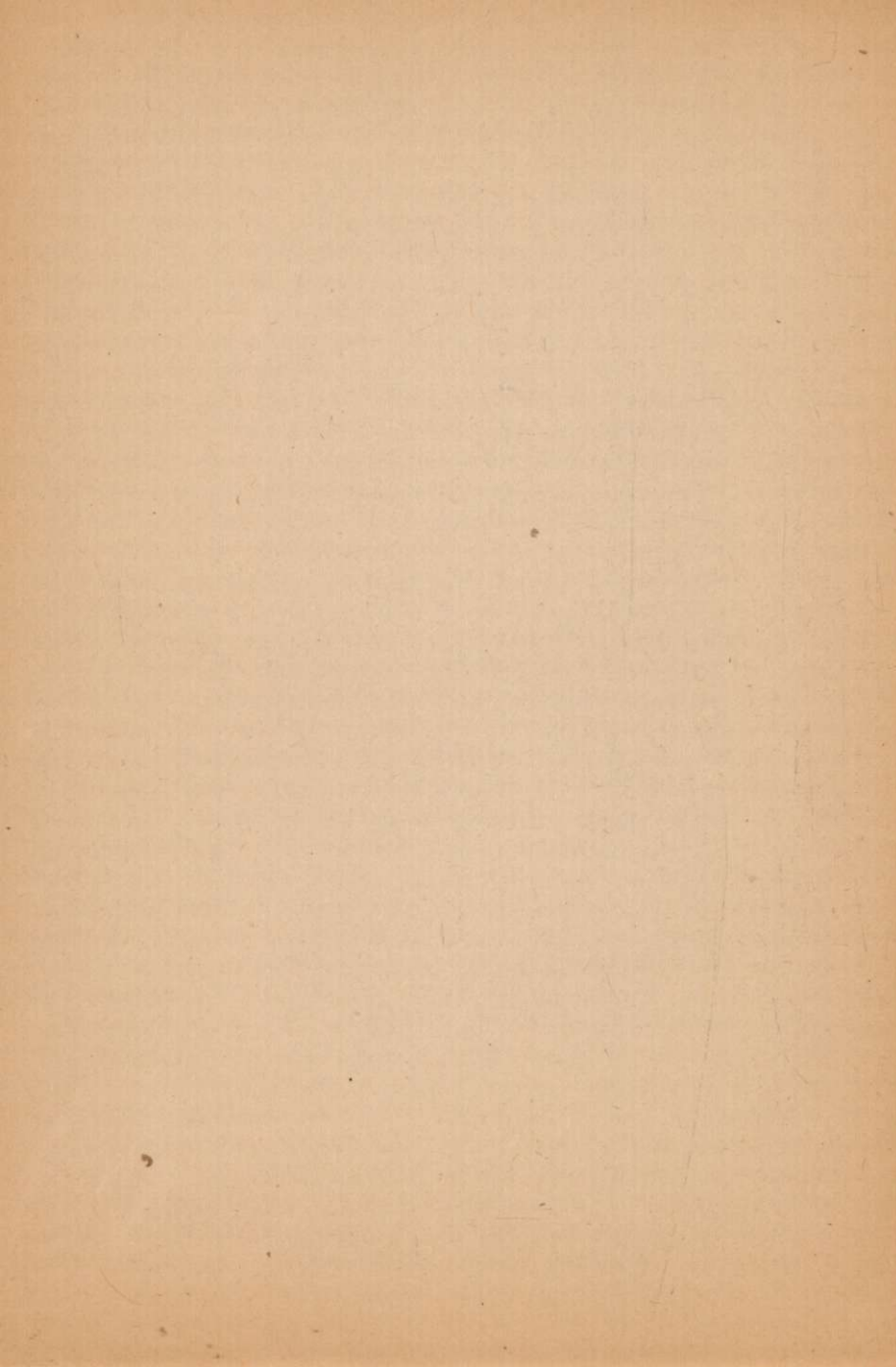
Como gallardo paladín valiente
defiende la bondad y la hermosura,
y altiva muestra su gentil figura
por casco heroico el arco de su frente.

Como defensa en el combate rudo
ciño á su brazo el reluciente escudo
y le impulso á la lid y á la victoria...

Volverá tremolando la bandera,
y alzará su caballo en su carrera
cegadores relámpagos de gloria.

SALVADOR RUEDA.





ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	5
Á MI HIJA ELISA.....	9
ANIVERSARIO.....	13
EL POETA RECUERDA:	
I.—Bajo la tarde lluviosa.....	25
II.—Bajo el cabello castaño.....	26
III.—¡Oh, tu mirada que era.....	27
IV.—Tu mano frágil y leve.. ..	28
V.—Te recuerda mi mirada.....	29
VI.—Entre el sopor del beleño.....	30
VII.—Sus frases nunca me hirieron.	31
VIII.—¡Qué solo, si yo me muero.....	32
IX.—Colocaron la mortaja.	33
X.—Llorando en su alcoba entro.....	34
XI.—Tus pisadas eran quedas.....	35
ELEGÍAS:	
I.—«Lasciateme morire!... Lentamente.....	39
II.—Yo la cuidaba como á una hija.....	43
III.—Yo con mis propias manos temblorosas.....	45
IV.—Bajo la tarde azul de Primavera.....	47
V.—Leve mano de incienso y de nieve.....	50
VI.—Tu nombre es como una.....	53
VII.—Muy lejos de la Vida, volveremos.....	55
VIII.—En alas de la brisa silenciosa.....	58
LA ELEGÍA DE LAS CAMPANAS.....	63

EL HOGAR VACÍO:

I.—Mes de los Muertos! Lentas.....	75
II.—Silencio! La lámpara.....	77
III.—En los labios, besos.....	79
IV.—En la casa cerrada.....	81
V.—Sin ella ¡qué triste.....	83
VI.—Dormida entre rosas.....	86
VII.—Se ha dormido la casa.....	87

VELADAS SENTIMENTALES:

I.—Pensemos, sí, pensemos en esta humilde hora.	93
II.—Tal vez no era graciosa, quizá no fuese bella.	94
III.—Á través de las grises vidrieras empañadas..	95
IV.—En horas de silencio, una voz desterrada.....	96
V.—Es la visión de un sueño, la nítida visión casta.	97
VI.—Cayó sobre tu cuerpo la tierra húmeda y fría.	98
VII.—Yo adoro esos pianos, de polvo envejecidos..	99
VIII.—Florecerá de nuevo una esperanza loca.....	100
IX.—Un anhelo imposible todas mis dichas trunca.	101
X.—Una clara mañana de Abril, una mañana.....	102
XI.—Todo en la vieja estancia parece que te espera.	103
XII.—Hay algo que en las sombras al alma se revela.	104
XIII.—Los pasos se apagaron lentamente en la alfombra.....	105

LAS APARICIONES:

I.—Si el labio fiel lo invoca con una fe infinita..	109
II.—Cuando el nocturno silencio.....	111
III.—Blanca sombra, mi alcoba iluminas.....	113

	Páginas.
LA SOMBRA DE BEATRÍZ:	
I.—Cruzas por mis tinieblas como una.....	117
II.—La noche astral de tu cabello ondea.....	118
III.—Resplandecen los místicos senderos.....	119
IV.—Te he visto en un Ensueño ó en la Vida.....	120
V.—Vestida de luar, con paso quedo.....	121
VI.—Sobre el jardín insomne de mis penas.....	122
VII.—Ilumina las sombras de repente.....	123
VIII.—Cual si acabara de dejar su estrecho.....	124
IX.—El crepúsculo está lleno de aromas.....	125
X.—¿Cómo era su perfil, dime, Deseo?.....	126
XI.—Un ensueño de amor la tarde evoca.....	127
XII.—Se desliza tu pie descalzo y leve.....	128
XIII.—En el gris otoñal de la avenida.....	129
XIV.—Igual que un pobre que tan solo cuenta.....	130
XV.—Su vida era un ensueño de armonía.....	131
XVI.—Con lenta timidez, sin hacer ruido.....	132
XVII.—La media luna es una hoz que siega.....	133
XVIII.—Mi vida es el silencio de una espera.....	134
XIX.—La paz suave de tu nombre Elisa.....	135
XX.—En tanto que haya Amor y deje el día.....	136
XXI.—Este libro es un ramo de azucenas.....	137
ELOGIOS LÍRICOS:	
Á Villaespesa, por Carlos Arturo Torres.....	139
A Elisa, por Juan R. Jiménez.....	145
Á Villaespesa, por Julio Flórez.....	149
Á Villaespesa, por Salvador Rueda.....	153
ÍNDICE.....	157

